

cambiavía

No 4 Mayo, 1997. Toluca, México. Información y crítica de la tribu

Identidad nada secreta

Editorial

tunAstral, a través de *cAmbiAviA*, se une al homenaje que desde el Centro Toluqueño de Escritores se hace al fundador y coordinador de esa institución: Alejandro Ariceaga. El trabajo realizado por Ariceaga es fundamental para la marcha de las letras de este valle. Para eso, dedicamos este número a su obra como escritor, más importante que su labor en el CTE o la fundación del suplemento *Vital* o de la revista *La Troje*.

Dentro de la obra de Alejandro Ariceaga es necesario incluir el periodismo cultural que ha ejercido desde que se inició en la escritura con rasgos muy particulares de estilo que se caracteriza por el humor, el ingenio y la percepción de detalles pertinentes dentro de la cotidianidad.

Uno de los columnistas de *cAmbiAviA*, sus colaboraciones honran esta publicación. Por tanto, saludamos en Alejandro Ariceaga los rasgos creativos que lo convierten en un tunAstralopiteco muy destacado.

En el número anterior de *cAmbiAviA* lanzábamos un llamado a favor de los valores estéticos de la literatura. Para enfrentar la ausencia de criterios estéticos, desde tunAstral invitamos a estudiar los autores consagrados de las letras occidentales. Usamos como pretexto la lista de Harold Bloom expuesta y sostenida en el libro *El canon occidental*.

Los veintiséis autores canonizados literariamente por Bloom serán estudiados por veintiséis personas de letras ligadas con tunAstral de alguna manera. Ese estudio es presentado en una conferencia dentro de un seminario que transcurre desde marzo hasta septiembre.

La sorpresa es la audiencia que ha tenido este seminario. Jóvenes y no tanto asisten con regularidad e interés. Esa reacción muestra que hay salvación; simplemente es necesario ofrecer el más alto nivel de calidad posible.

Bajo el nombre de Edmundo Valadés, *cAmbiAviA* ha recibido uno de los apoyos a la edición de revistas independientes promovidos por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. El órgano de información y crítica de la tribu tunAstral fue seleccionado entre 97 publicaciones junto a otras 31. El honor recibido pertenece a todos los involucrados con *cAmbiAviA*; pero también es un compromiso por el nombre de Edmundo Valadés que ampara este programa y por las obligaciones que se contraen de publicar regularmente y completar el costo de producción.

¿Quién es Alejandro Ariceaga?

Eduardo Osorio

Alejandro Ariceaga no es, como pudieran creer los televidentes, un promotor de cultura municipal, tampoco el editor fundador de revistas literarias que le afaman, menos aún el antologador que trascendió fronteras, ni el Benjamín antiguo de tunAstral o Al Yunque. Alejandro Ariceaga es, por encima de su tarea cotidiana, el renovador de la narrativa toluqueña que urgía a la literatura regional en un momento preciso: años de letras de la onda, años de intenso movimiento juvenil de un octubre inolvidable.

Alejandro Ariceaga es, sin duda alguna y pese a la carencia de críticos para su obra, el máximo exponente de la narrativa regional y, por lo mismo, tiene sitio inamovible entre las letras de la República.

"Honor a quien honoris causa", como él ha bromeado tantas veces, es un principio necesario para el Centro Toluqueño de Escritores que justifica programar las actividades literarias del mes de mayo en conmemoración de los treinta años de escritor que Alejandro cumple. El homenaje es traducción de una demanda que emanó de la asamblea de escritores, la cual en febrero pasado ovacionó los catorce años en que Ariceaga dio cohesión, quehacer vivo y prestigio al Centro Toluqueño de Escritores.

Es Ariceaga, en orden de aparición, tunAstral histórico, Al Yunque fundador, coordinador vitalicio, el CTE en persona, la Unión de Escritores Mexiquenses, representación por antonomasia de la literatura toluqueña ante el conjunto nacional. *La Troje* cuesta arriba y tantas líneas de un curriculum que nada añade a su portentosa obra. Porque más que su historia pública y su inagotable anecdotario, Alejandro es una obra viva, vigente y deliciosa.

Comprobarlo es tan fácil como recordar cuando en enero de 1968, al aparecer *Cuentos alejandrinos* (título discreta y elegantemente soberbio y juvenil, visionario de su propio ser), la comunidad literaria recibe aquellos textos como brillantes ocurrencias, locuras de muchacho. Pocos perciben que los alejandrinos son cuentos que prefiguran una obra mayor y significan un compromiso del literato adolescente con su tarea. Entonces hay muchos otros que ofrecen públicamente ser el primer Premio Nobel de los portales; pero sólo Alejandro, que en esencia no es camada maldita, tendrá desde su inicio la revelación: hace en el silencio un voto de fe poética (*poesis*: creación del Universo) que a corto plazo engendra nuevos pingüinos divinos, dinosaurios, chitiplutees, bustrófedones, otras bestias, otra gente, personajes extraños de ciudades tan bellas como cualquiera, de clima templado y placeres que lo son al ser leídos.

A distancia, observa Benjamín Araujo, nadie exagera si afirma que la renovación de la narrativa regional es la característica nodal de las letras alejandrinas. ¿Quién había antes?, se pregunta el autor de *Surco de palabras* y la respuesta es: nadie que ubicara a la ciudad como un personaje real. Antes de Ariceaga, en la narrativa toluqueña predomina el paisaje semi rural, en el mejor de los casos. Antes de Ariceaga, el lenguaje de la chaviza no existe para los escritores y todavía los personajes ignoran que su interlocutor terrible tiene cara de ciudad, jode como ciudad, atosiga en los autobuses y en las calles, en la falta de agua y de dinero. Y Ariceaga se ríe del monstruo y crea otros de fantasía.

No es casual, en el Distrito Federal, otros jóvenes de la época comienzan a bordar desde esta perspectiva urbana, con otro lenguaje, la revisión de una sociedad estática que se conmoverá en octubre de 1968 con el empuje de los estudiantes. Nada es casual: Ariceaga de a conocer "Sucedió en un Vallejo-Hospitales", cumbre de sus letras urbanas, en una antología al lado de José Emilio Pacheco, Juan Tovar, Elena Poniatowska y quien sabe cuántos más con intenciones afines.

La otra gente, como libro y como cuento, ratifica la madurez de un muchacho que descubre más extrañeza en el ambiente. Pero, *l'enfant terrible* que padeció y gozó la ciudad de México y volvió y redescubrió Toluca, apenas comienza. Entrega *ciudad tan bella como cualquiera* y su primer bestiario: *La identidad secreta del camaleón antiguo*. Publica un poemario: *A corto plazo* y entonces, otra vez renovador, se diferencia de otros narradores que ya asumen a la ciudad como personaje admonitorio, y edita *Clima templado* (¿segunda edición es la de tunAstral?). Toluca deja de ser rancho para los novelistas y las fábricas imponen destino a sus habitantes.

Ariceaga tiene un receso prolongado como narrador, la sobrevivencia le cobija entre suplementos culturales, promoción de

la literatura, antologías de titánica investigación y otros sudores. Hasta *Bustrófedon* retorna el creador de quimeras y, seleccionado entre muchos, es elegido para conmemorar el número cien de *La Hoja Murmurante* con su plaqueta terrible: *Viejos recuerdos de la camada maldita*. La ciudad, por primera confesión, no siempre es buena, a veces también golpea a sus mejores hijos.

Hay naves que cruzan el pantano y la barca de Ariceaga da un golpe de timón: *Placeres*. ¿Qué forma de concluir el recuento! *Placeres* es, entre tanta obra, la renovación misma en el conjunto alejandrino: la prosa que confunde a la poética, la contundencia de quien encuentra puerto al fin para la memoria obsesiva, es encanto de amor y perdón, de religiosidad ante la pareja.

Obra ecuménica la de Ariceaga que convoca lo mismo a poetas que a poetisas: Flor Cecilia y Villada; a grupos y tendencias: Al Yunque y tunAstral; actores antiguos y actores nuevos: Arturo Arreola, Marco Antonio Morales, Yolohtli Vázquez, Alejandro Osorio, a grandes reconocidos y grandes por reconocer: Otto Raúl González, José Agustín, Jorge Arzate, Alfonso Sánchez Arteche y otros más por confirmar.

El homenaje, sin embargo, está incompleto aún. Tal vez en junio o julio el reconocimiento a la obra de Ariceaga también suceda en Querétaro o en alguno de los foros del INBA, en la ciudad de México. Y si el pastel nos llega con cereza, con la publicación de la obra completa de Ariceaga en el transcurso de los meses siguientes.

Por lo pronto, los miércoles de mayo, a las ocho de la noche, en el Centro Toluqueño de Escritores, comenzamos: Días 7, 14, 21, 28, lectura de obra, análisis de las letras alejandrinas, y un poco de espectáculo cada miércoles.

Besitos a los niños, con perdón de Ariceaga.



Alejandro Ariceaga

En primera persona

Roberto Fernández Iglesias

Por la gran literatura

En la presentación de los libros del 96 por el Centro Toluqueño de Escritores (CTE), un cada vez menos joven autor, miembro del CTE, me preguntó que por qué había concursado otra vez y obtenido la edición de un tercer librito en esa institución.

No es la primera vez que se me pregunta. Por eso aprovecho este espacio para decir mi razón.

Al compañero le dije que concursaba siempre que fuese legal hacerlo. Incluso cuando él había obtenido la beca. Son muchas más las veces que no he ganado. Eso no implica manchas sobre mi condición de escritor. No me quita nada y me da cuando he obtenido el voto positivo de un jurado. Puede decirse que soy un concursador obstinado; para ganar la lotería, así sea literaria, hay que tener boleto.

Además, siempre he sostenido que la literatura, o cualquiera de las artes, como tal no tiene edad ni sexo ni nacionalidad ni raza; aunque todas esas condiciones aparezcan en las obras, el valor necesariamente debe ser estético.

También conozco el caso de Costa Rica, ese país centroamericano, con una literatura débil por una simple causa: es más fácil publicar que no. Eso elimina la lucha y la búsqueda de los valores propiamente literarios, poéticos.

Cuando inicia el CTE, con aquellos concursos sólo para menores de edad, había la tendencia hacia privilegiar a los jóvenes como tales. Entonces me propuse, y declaré a quien se dejó, que iba a concursar cada vez que legalmente pudiera tener boleto en esa lotería. Así, los jóvenes tendrían que hacerlo mejor que yo. Tampoco tendrían los jurados pretexto para premiar lo menos malo. Habría algo con artesanía de aceptable nivel.

Al mismo tiempo promovía entre escritores con algún valor para que participaran pues sostenía y sostengo que la mejor manera de apoyar al CTE es mantenerlo al mayor nivel posible. Resulta que muchos piensan que no ganar disminuye su valor, entonces no concursan.

Desde esta esquina advierto: siempre que pueda concursar por el premio del CTE, lo haré con mis mejores armas. No se produce ningún valor al proteger a los jóvenes o a las mujeres o cualquier distinción que no sea poética. Por ese camino bien podrían hacer un concurso para escritores de más de ciento cincuenta kilos o de menos de setenta o de tal o cual estatura. ¿por qué no?

Es posible que muchos no estén de acuerdo. Allá ellos. Mi meta es impulsar la calidad literaria en donde me encuentre.

La historia dice que no se logra mucho con el exceso de facilidades; pero tampoco la indigencia es buen impulso para los artistas. Más acá de esos problemas, la sociedad necesita una mejor literatura más que una complaciente.

Inclúyase esta actitud en la lista de homenajes al trabajo de Alejandro Ariceaga como coordinador del CTE y, más que nada, como escritor.

Zapatos cocodrilos

Alejandro Ariceaga

También tuve zapatos cocodrilos y botas federicas, tenis para el basquetbol y chalupas navegantes. Tuve callos y juanetes como tuve *pie de atleta*: los que me rodeaban tenían que taparse las narices o rodearme, como a bicho raro, por lo menos a dos metros de distancia; por eso, desde joven me acostumbre a rociarme los pies con talco desodorante.

Todo eso tuve de chico. Alguna vez llegó a la casa un par de zapatos de un pariente rico. Yo tendría nueve años de edad y el pariente rico doce, de tal manera que mis pies de nueve serían del número 21 y los pies del parientito por lo menos del 25: ésas eran las chalupas en las que navegaban mis talones de aquiles y mis dedos apestosos. Además me daba pena cuando mis amigos dirigían sus miradas hacia el suelo y notaban aquello. Lo menos que decían los más burlones era "el difuntito era más grande que tú, ¿verdad?"

Verdad de Dios.

El mercado 16 de septiembre, en Toluca, estaba dividido en secciones: la de artesanías donde yo le miraba a las gringas, cuando se agachaban, sus pantaletas de color pastel; la de jarcias y sombreros; la de alimentos y la de fruta; la zona de flores, donde se podían oler y contemplar todas la variedades de la región; la zona de carnicerías de res, de vísceras, de pollo y de puereco; y una más, al norte, donde se vendían los afamados zapatos de llanta y los huaraches: acá me compraban, cuando había, zapatos a la medida de mis pies. Estos zapatos tenían una notoria desventaja: no eran cosidos ni pegados, sino claveteados. Por eso al paso del tiempo, la parte superior se levantaba de las suelas de la *goodrich euzkadi* o la *good year oxo* como si fuera una ballenita con colmillos o las fauces hambrientas de un cocodrilo que habitaran en los pies.

Y también, de adolescente, me inscribí en el Pentatlón Universitario. Igual que los demás chavales tuve la edad en

que de grande sería bombero, licenciado, cadete de Colegio Militar o próspero empresario. Me incliné por la cosa militar, porque era un gusto presenciar, gallardía y pecho inflado, a los que desfilaban en las fiestas patrias. Pero también porque supe que en la Universidad del Estado de México se estaba conformando el Pentatlón y era oportunidad inesquivable para fraguar un sueño infantil: marchar a la cabeza de un contingente militarizado. Elegí el tambor y las baquetas y aprendí toda clase de redobles marciales: *el tresdediana*, *el paso redoblado*, *el paso acelerado*, *el chaparrito bigotón*; y mis manos también se llenaron de ampollas y de callos. En esta forma, además, por alguna cantidad simbólica (así lo decían quienes reclutaban chavos para el Penta), los nuevos nos hacíamos de camisa y pantalón cuarteleros, de mezclilla negra; fajilla, guantes y gahné blancos, quepí con entorchados y un par de botas federicas a la medida exacta de los pies. Y eran botas que raras veces me quitaba, si acaso cuando iba con el Primate pobre a nadar a los baños Rosa María; y, claro, también me las quitaba todas las noches, cuando me entregaba a los brazos de Morfeo.

Tal vez por eso, años después me impresionó aquel cuadro de Van Gogh en que se ven unos padrisimos zapatos viejos, abandonados a su suerte en el piso de una habitación. Tal vez también por eso, de más grande, cuando ganaba un poco de dinero como producto de mi trabajo en el periódico, lo primero que compraba eran zapatos a mi medida. Y me gustaban las suelas anchas, tipo Frankenstein, que por los años sesentas llamaban zapatos *de plataforma*. Sobre todo me gustaba verificar que la parte superior de mis zapatos estuviera bien cosida, fuertemente cosida, inseparable, adherida plena, plenamente a las suelas de material sintético. Y desde entonces no me ha vuelto a surgir el *pie de atleta*.

Juan El Leco, Martínez



Las artes del placer

Oscar González

Un tópico al que conduce la lectura de los textos biográficos de Alejandro Ariceaga, reunidos bajo el muy sugerente y apropiado título de *Placeres*, es el que tiene que ver con la pregunta fundamental y moderna acerca de la conciencia de lo estético. O más exactamente de la autoconciencia del proceso creativo.

Hacer arte deliberadamente con las palabras, con el lenguaje, es en verdad un acto lúdico, un ejercicio del placer. Pero cuando es éste el placer mismo, el sujeto y el objeto de una tarea de creación, el desafío se vuelve más complejo ya que implica y obliga a echar mano del temple y la experiencia, de los recursos todos que el artista pone en juego al servicio de su arte. Ante esto no se puede ser autocomplaciente.

En Ariceaga hay clara conciencia del riguroso empeño que impone y demanda esa realidad. Sólo una lenta constancia, una perseverante maduración de recursos y estilo permitirán dar cauce a la creatividad verbal que en buena parte se toma a sí misma como el propósito central del proyecto. Así y no de otro modo, en el despliegue de la libertad expresiva ganada paso a paso, es como el escritor hace literatura.

Si algo define la escritura de Alejandro es la peculiaridad de su estilo. Irreverencia real frente a las convenciones de todo género, tratamiento de temas y asuntos *vedados* para las buenas conciencias literarias, uso de formas coloquiales que asume el habla popular matizada o, mejor, transfigurada en las voces y en los giros particulares de quien pretende reconstruir escenas o escenarios de la vida propia con las propias palabras.

El mexicano Garibay y el irlandés Joyce —caso extremo este último— han mostrado las posibilidades que ofrece el atento y minucioso registro auditivo de las voces vernáculas, aunado a la tentativa de trasladar a la conciencia escritural imágenes de la infancia y de la adolescencia atesoradas en algunos de los reductos más íntimos de la memoria, aquellos donde eros reposa y retoza.

Asombro, ingenuidad y picardía, temura y temor, redescubrimiento del cuerpo desnudo, del que a uno le toca y del que —con el favor de Dios, de ellas, las diosas— le puede a uno tocar; irrupción de la sensualidad frente a la casi inverosímil y siempre resguardada, misteriosa, topografía femenina; sentimientos y sensaciones hasta entonces desconocidos —apremiantes, avasallantes, dolorosos— a los que nos convocan el olfato y la vista y alguna vez el tacto. En realidad hacia allá, hacia ese más allá, hacia lo otro, bien sabemos que todo nos convoca: sonidos, sentidos, vibras y químicas, olores y sabores; pero seguramente más que ninguna otra cosa— por lo menos a los machines— lo que nos transporta a la región del mito es la visión, la contemplación, aunque sólo sea imaginaria, de las colinas y los valles, de las ondulaciones y ensenadas, de las partes y el todo en ese curiosísimo universo que algunos han llamado el eterno femenino.

Uno se da cuenta, leyendo a Alejandro, que los rigores y exigencias literarios no tienen por qué reñir con la confesión candorosa y genuina, con la sinceridad auténtica. Más aún, es de allí de donde surge no necesariamente su veracidad histórica o psicológica cuanto que su fuerza, su valor y su verdad literaria. Si hay algo que en estas páginas placenteras remite a su realidad originaria es su credibilidad. Estamos ante una escritura que no miente, ante un escritor que no tiene por qué ni para qué mentir.

El despertar del erotismo, la sensualidad a flor de piel, son experiencias cruciales de la primera pubertad. Nada, ni los sueños “cachorros”, ni las “eyaculaciones nocturnas”, ni la práctica y el abuso del “vicio solitario”, nada puede sustituir o cancelar el desbordamiento de los bravos ímpetus, de los irremisibles o irreductibles apetitos —verdaderas hambrunas para algunos, que en esa etapa nada puede colmar— de la naciente sexualidad.

De todo esto, labrados con ojo perspicaz y ágil pluma, entrega Ariceaga un catálogo de tiempos y espacios de una intimidad profundamente entrañable y compartida, de vivencias algo más que familiares. De hecho, ya entrados en lectura, a lo largo del libro podemos desplegar las alas de Eros y decir con Leduc: “...pero, ay cabrones, de que levanto el vuelo, ni las pendejas águilas me alcanzan”.

La verdad es que pocas veces puede uno encontrar ecos y resonancias de los “tiempos idos” de manera más nítida y personal que cuando se nos da, como ahora, en la magnífica edición de Cuadernos de Malinalco, la oportunidad de reconocernos y recontramos en lo que fuimos y en lo que de alguna manera queríamos siempre ser: devotos y rendidos amantes del amor.

Casi por definición solitario (“Beckett me había enseñado que la soledad es más cabrona que la muerte”), poco a poco el *voyeur* va delimitando los puntos clave de su territorio. Un espacio privilegiado para él, por doble partida, son las azoteas. Primero las visiones alucinantes y luego las gatas, equívoca designación que nuestras madres daban a las matronas oficientes —amadísimas— en nuestros ritos de iniciación a las artes amoratorias. Es allí, en las azoteas, donde Ariceaga sienta sus reales. “Experto en trepar paredes y azoteas —así se describe— pude haber sido un hombre araña o por lo menos un alpinista urbano, de los que vencen los obstáculos de una pared hasta llegar al observatorio de todos los placeres. Y yo miraba. Sin tocar, sólo miraba”.

Una “fuerza superior —dice— me obligaba a subir a las azoteas”. Desde una de ellas, en los Baños Rosa María, junto al “Primate” —en un pasaje que nos recuerda los de Vargas Llosa— alguna vez le tocó ver



Alejandro Ariceaga

“cabellos mojados largos y negros. Pompas, burbujas. Era una mujer... Ella y el disfrutar del agua”. Otra ocasión, junto a su cuate el “Jarro”, linotipista, por un miserable espacio que apenas dejaba una cortina, sólo alcanzó a ver, fugazmente, “un pedazo momentáneo de mujer”. Así también pudo saber que “las gatas siamesas se humanizaban cuando hacían el amor. Sus maullidos parecían llantos de bebé. Y sus arremetidas eran bestiales... Sus escarceos amorosos inquietaban a los perros del vecindario y puedo jurar —agrega— que también a las gallinas, a los gallos y a los roedores”.

Luego, más adelante, trasladado al De Efe, La Gran Smogtitlán para los cuates, conocerá los senotes sagrados de las adivinatoras gitanas y verá en el Iris al genial Harapos y asistirá a un “desnudo integral” de Xtabay o de otra voluptuosa y sensual que “siempre regresaba de una gira triunfal por el Oriente”. El centro de sus obsesiones eran “las partes ocultas de todas las mujeres. Adivinar forma, olor y consistencia. Suponer los rincones húmedos y tibios. Ansiar con todas las ganas del corazón. Atisbar la parte que —después lo sabría— se llama pubis, Monte de Venus... el centro del universo, porque aquellos matorrales discretos son la cornisa del lugar exacto del placer”.

Se equivoca quien crea que aquí va a encontrar pornografía. Discípulo en buena ley de Efrain Huerta, compañero de armas de Alejandro Aura, prosista franco y fino, Alejandro Ariceaga es uno de los motores inmóviles más vivos y activos en la cultura literaria de nuestro altiplano. Además de pertenecer a la tribu tunAstral es fundador del Centro Toluqueño de Escritores, está a cargo actualmente del Departamento de Literatura del IMC y dirige *La Troje*. Autor de ocho libros de cuentos, relatos, novela y poesía, es además un investigador y compilador acucioso, antólogo de la *Literatura del Estado de México, cinco siglos (1400-1900)* así como de otra antología de poesía y narrativa de 1960 a 1990.

En este acierto editorial, *Placeres*, de la estupenda colección que alienta Luis Mario Schneider, el autor se muestra como un verdadero *homo eroticus* en su acepción más amplia. Para él, con todo su valor y el peso de su presencia obnubilante, el *corpo de una mujer* —capítulo final, poema en prosa— es algo más que “ventanas, comedor y entrada para el coche”. Es una “casa enorme, castillo medieval, hacienda y rancho” que tiene “jardines atildados” en donde uno “quiere ser huésped para siempre”. Es flama y piel en la que los ojos se clavan hasta quedarse ciegos. “¡Ah —así concluye—, si yo quedara ciego, por no mirarlo más, sólo por eso, por eso nada más, me parta un rayo!”

Lapidaria

Alfonso Sánchez Arteche

Ignavia crítica

La curiosa expresión me asalta desde las páginas de un ya secular manual de metodología, la *Introducción a los estudios históricos*, por Langlois y Seignobos. Estos dos maestros de la Sorbona advertían: “Cualquier persona sincera reconocerá que es necesario un esfuerzo violento para sacudir la ignavia crítica, esa forma tan extendida del decaimiento intelectual”.

Domingo Vaca tradujo al español, para Editorial La Pléyade, la obra original. En este párrafo nos obliga a buscar en el *Diccionario de la lengua española*: “Ignavia. (del lat. *ignavia*) f. pereza, desidia, flojedad de ánimo”. Volviendo al texto de referencia, los autores señalan que la historia, al igual que cualquier otro estudio, está sujeta a errores que proceden de la poca atención, pero se halla todavía más expuesta a fallas nacidas de los análisis insuficientes o los razonamientos falsos.

Los historiadores, señalan también Langlois y Seignobos, aventurarian menos afirmaciones sin pruebas si les fuera preciso analizar cada una de sus afirmaciones, admitirían menos principios falsos si se impusieran el deber de formular todos sus principios, harían menos razonamientos infundados si les fuera preciso manifestar todos sus razonamientos en forma.

Aunque el manual que comentamos haya sido publicado hace un siglo y a pesar de que muchos de sus planteamientos estén hoy muy superados, sobre todo a partir de 1929 —cuando apareció la revista que daría vida a la escuela de los *Annales*—, las anteriores observaciones acerca de la *ignavia crítica* parecen no haber perdido vigencia. No sólo la historia, sino toda disciplina que se funde en la hermenéutica, exige de sus practicantes una crítica rigurosa de sus fuentes de conocimiento.

Por desgracia, instituciones de cultura lo mismo que editores en nuestro medio continúan privilegiando la buena fe y el entusiasmo por encima de la autoridad intelectual, el buen gusto, el sano criterio y el trabajo sistemático. De otra manera no se explica uno la aparición de ciertas obras cuyo propósito declarado está por encima de las capacidades de quien las ha producido.

El caso más reciente es el de un apreciable periodista, excelente como persona pero muy limitado como investigador que, sin conocer siquiera *Los 1001 años de la lengua española* de Antonio Alatorre o al menos las *Minucias del lenguaje* del actual director de la Biblioteca Nacional, José G. Moreno de Alba, saca a luz un libro “en defensa del idioma”, y sin haber hojeado siquiera las antologías *Donde nadie permanece* y *Cinco siglos...* de Alejandro Ariceaga se lanza “en busca de los poetas perdidos”, supuestamente del Estado de México aunque también incluya —sin otro argumento que el de su cursilería— a Rodolfo Aguirre y Fierro o —por la única razón de haber pergeñado algunos malos versos en su juventud— al expresidente Plutarco Elías Calles.

Si pudiese protestar, el idioma diría: “No me defiendas, compadre” y en cuanto a los “poetas perdidos”, muchos de ellos —incluido un servidor— podrían seguir estándolo sin que en la República de las Letras (bonito título, de raigambre altamiranesca, que lleva una columna semanal de Humberto Musacchio en *Reforma*) su ausencia pueda ser interpretada como una baja lamentable.

El arca encallada

Susana Bianconi

Estética cotidiana

De lo bello y sus formas es el título de una famosa estética, pero cuando una persona se sensibiliza ante la belleza adquiere también la capacidad de reconocer sus antítesis: lo feo y sus formas.

Cuando aún se enseñaba Historia del Arte en la Facultad de Arquitectura y Diseño, decía a mis alumnos que la materia les iba a volver gente sensible y que la apreciación de la belleza en todas sus manifestaciones les produciría un profundo goce estético y que ese placer les iba a acompañar y tonificar durante toda la vida hasta en los días de vejez o de soledad, de plenitud o de tristeza. A renglón seguido me veía obligada a agregar que también comenzarían a sufrir el desagrado que produce la fealdad en sus muchas manifestaciones: que la música de los supermercados les iba a empezar a molestar, que los adornos sobre la televisión se empezarían a ver cursis, que la fachada de la casa del vecino aparecería por primera vez ridículamente ostentosa, que las calles con sus postes, cables y transformadores serían de repente sucias y que el atuendo de la tía luciría peor que nunca.

Y así, aquellos que entraban al curso tan felices, indiferentes y masificadamente anestesiados ante la polución visual y auditiva que nos rodea, salían con el agrídulec sabor de haber aprendido a discernir la diferencia entre la verdadera Mona Lisa y la de la zapatería; o entre una poesía y una empalagosa letra de canción, entre un cortometraje y una telenovela, entre el oro y el oropel. Y conforme en clase nos complacíamos viendo ejemplos de buena pintura, buena escultura, hermosos jardines y magníficas arquitecturas, en cuanto se volvía a encender la luz nos encontrábamos perplejos ante la aridez del salón de clases. Y salíamos a la calle aún embriagados de belleza y veíamos la banqueta de vil cemento, el árbol medio muerto en medio de un cuadrado de basura y del ruido de autos, alarmas disparadas y perros callejeros.

Por eso quise que al menos el edificio central de la universidad cobrara la dimensión real de lo que se enseñaba teóricamente en el aula. Por eso le quitaron kilómetros de cables rotos, inservibles, desconectados, que pendían de cualquier recoveco. Por eso se removieron viejos sistemas de alarmas que colgaban de puertas y ventanas como sombreros olvidados en un perchero. Por eso se le puso piso a las banquetas y se pintaron las fachadas resaltando la nobleza del orden arquitectónico. Por eso se quitó el estacionamiento que se enseñoreaba por encima de la razón y de los transeúntes. Todo (y todo lo que aún falta por hacer) con el único fin de gozar de la nobleza, de la calma y las buenas proporciones en un ambiente digno de los universitarios sensibilizados, de los seres que aprecian la estética -y la ética que le es inherente-, un fin sin duda armónico con el propósito de la universidad: hacer mejores hombres: para que tanto ellos como los que nunca llegan a un aula universitaria mejoren su calidad de vida, sus valores se aclaren y su vista pueda ser más penetrante.

Lástima que ya no se incluya historia del Arte en los programas de estudio, espero que no sea considerada subversiva y que no se encarcele a la belleza.

Juan El Lece Martínez



Alejandro Ariceaga



Cafés Literarios **tunAstral-UAEM**

Atlacomulco
miércoles 7 de mayo de 1997 19:00 hrs.

Tres décadas de teatro universitario
Esvón Gamaliel

Restaurante Tío Pepe
Av. Isidro Fabela Nte. No. 34
Atlacomulco, México

entrada libre

CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES

CONVOCATORIA 1997

Programa de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales

Con la finalidad de estimular el desarrollo de actividades culturales en nuestro país y apoyar la iniciativa de creadores, intérpretes, investigadores, promotores y educadores, el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes convoca a los interesados en obtener financiamiento, a presentar proyectos artísticos y culturales en las siguientes disciplinas:

ARTES VISUALES

MÚSICA

DANZA

TEATRO

LETRAS

INTERDISCIPLINA

MEDIOS AUDIOVISUALES

ESTUDIOS CULTURALES

A partir del miércoles 1 de abril de 1997 se recibirán proyectos en dos categorías:

FOMENTO A PROYECTOS CULTURALES

En esta categoría se apoyará el desarrollo de proyectos orientados a la investigación, producción, formación y promoción de las diversas disciplinas de la actividad artística y cultural.

COINVERSIONES CULTURALES

En esta modalidad se financiarán parcialmente proyectos artísticos que cuenten previamente con apoyos económicos similares o mayores al solicitado al FONCA y busquen, en el corto plazo, la generación de procesos de autofinanciamiento.

Los apoyos serán decididos por órganos colegiados integrados por especialistas en la disciplina de que se trate.

Los resultados se darán a conocer cuatro meses después del cierre del periodo de recepción.

Los interesados deberán acudir a las oficinas del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes para obtener la solicitud y las Bases Generales de Participación.

Los residentes en los Estados de la Federación podrán recoger la documentación en las oficinas de los institutos de cultura de la entidad, o bien, solicitarla telefónicamente al (915) 605 61 80 y al fax (915) 605 55 33.

La fecha límite para la entrega de proyectos será el jueves 29 de mayo para los apellidos de la A a la L, y el viernes 30 de mayo para los de la M a la Z, en horario de 9:00 a 15:00 hrs.

México, D.F., a 1 de abril de 1997

Fondo Nacional para la Cultura y las Artes
Dirección de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales
Av. México-Coyoacán 371-2º piso, Col. Xoco, 03330 México, D.F.
☎ Coyoacán. Tel. (915) 605 54 39

FONCA

Los Placeres de Alejandro Ariceaga y la venganza del ángel

Angélica Valero

Una cosa son los *Placeres* de Alejandro y otra, muy distinta, los *Placeres* del ángel, porque mientras el diablo escribe, el ángel se cuestiona: "¿narrativa yo?, pero si yo escribo poesía".

Lo más fácil sería abordar lo biográfico y su momento histórico, pero es tan clara la relación que resultaría una trampa tan evidente que hasta un ciego alcanzaría a ver mis remaches.

Hablar del lenguaje y, con aire intelectual trasnochado, declarar que es coloquial, tampoco es buena idea. Quien disfrute aquello de los *Placeres* sabrá que son cotidianos.

Eso sí, existe un hilo conductor que atrapa como si estuviéramos ante una novela, a la manera de la *Rayuela* cortazariana. Cada capítulo o cuento puede vivir *per se* o formar parte de un todo porque personajes y tenderos aparecen y desaparecen para volver a aparecer.

Ariceaga, a modo de gata en celo, recorre las azoteas y describe sus personajes a partir de su ropa interior:

"Para entonces una fuerza superior me obligaba a subir a las azoteas. También había tenderos, como en los patios de la vecindad y yo repasaba la ropa como se repasan las lecciones. Era emocionante adivinar de quiénes era las pantaletas de colores tenues, a veces con flores de encaje, pero a veces también con dibujos ajenos para prendas así, como fresas o manzanas, la cabeza del Ratón Miguelito o los nombres de los días de la semana" (p. 11).

Los mismos templetos se amotinan y forman un buque fantasma en las páginas 15 y 29:

"Yo veía los tinacos y los tenderos en las mañanas o si acaso al empezar las tardes. Eran el alma de las azoteas. Toda azotea que se respete debe tener sus mástiles, sus cuerdas entrelazadas, amarres burdos pendientes de garrochas podridas por la lluvia, como si aquello fuera el fantasma de alguna carabela: sostenida con pinzas de madera se escurría la ropa del vecindario, camisas y pantalones entre las torceduras de los lazos" (p. 29).

Cualquier azotea puede ser un penthouse para los *Placeres* de este *vouyerista* autor. El ver o creer que se ve es una constante. La curiosidad, ajena a lo que se dice de ella, no mata gatos sino que los invita a cazar pájaros o aviones:

"Y yo contemplé, desde el borde de la azotea, el anuncio luminoso del edificio de enfrente, un hotel, con ventanas enormes, mitad madera y mitad vidrio, lo que constituía el atractivo de los trabajadores cada vez que se anunciaba el paso del avión. El avión era alguno de los cuartos de ese hotel cuando se encendía la luz. El cuarto iluminado permitía contemplar el arribo de una pareja, hombre y mujer, que se disponían a pasar el rato como pasan el rato las parejas que acuden a un hotel de paso. Así me aficioné al paso de los aviones" (p. 14).

Y como felino al fin, Ariceaga abandona el hogar y descubre que no sólo de *gatina* vive el hombre sino que debe conocer el mundo y, de vez en cuando, trabajar.

Conoce baños públicos, albercas -mejor dicho, piscinas, por aquello de la acepción española- y, también, conoce personas que lo llevan a reconocerse reflejado en la mirada ajena: "Era yo -tal vez- el hombre más flaco del mundo. Espejito espejito, me lo decía el espejo cada vez que me

encueraba" (p. 19).

Ya entrado en aquello de la anatomía no pudo pasar desapercibida la figura -tan familiar para algunos de nosotros- de Roberto Fernández Iglesias: "Años más adelante habría de conocer al hombre más gordo del mundo. Ya se llamaba y se sigue llamando Roberto. A causa de muchas causas, Roberto iba a ser uno de mis mejores amigos" (p. 19).

Vale decir que si bien la constante de los *Placeres* es anatómica, también se dejan entrever algunas concepciones del mundo.

Las descripciones de la soledad son exquisitas y en ellas se cuela hasta el silencio:

"Me obsesionaba la palabra carne, entendida, claro está, como cuerpo que se contempla a distancia. Me producía comezón en la bragueta. Más emoción si es en lo oscuro y uno contempla a solas y en secreto. A solas siempre. ¡Pinche soledad en llamas! Carne que tiembla y que se mueve. Carne que suda. Carne que se despoja de la tela. Carne también abandonada. Carne blanca. Carne oscura. Carne brillante y gelatinosa. Carne firme. ¡Con tanta carne por el mundo y uno a solas!" (p. 45).

Puede apreciarse que en este autor hay toda una costumbre por disfrutar la buena literatura. Referencias a Efraín Huerta, Pablo Neruda o Federico García Lorca dejan claro que a Ariceaga le gusta la poesía.

Asimismo la literatura aparece desde la "talacha". El autor se esconde entre galerías, observa y concluye: "Le llamaron el Jarro y fue uno de los mejores linotipistas de Toluca. Tener buena ortografía es colocar acentos, haches, comillas, mayúsculas y comas en el lugar preciso: ni más arriba ni más abajo, y retirar estos chismes y otros más de donde no deben" (p. 21).

En cuestiones amorosas toda literatura puede ser útil para los *Placeres*. Ahora es la *Biblia* y su controvertido *Cantar de los cantares*:

"¿Ya había yo dicho que me gustaba declamar la Biblia? He aquí que tú eres hermosa, amiga mía, he aquí que tú eres hermosa; tus ojos entre guejetas como de paloma, tus cabellos como manadas de cabras... Y cuando los diáconos me sorprendían declamando con palabras fuertes, yo los remitía a la cita: eso está en *Cantares* capítulo cuatro versículo uno, y ya no me dejaban concluir la declamación de los siete capítulos restantes" (p. 24).

Si, para terminar, se me pidiera un voto, este sería cualitativo y nunca cuantitativo porque los *Placeres* son breves, la prosa está bien cuidada y no se le escapa ni un error en el cual pudiera yo basar mi escarnio.

Cuando algo nos disgusta podemos llenar múltiples cuartillas para condenarlo, pero cuando la sensación es inversa no le bastan aletazos al ángel, que no puede más que guardar silencio.

¿Cuál es la motivación de este autor? La respuesta puede hallarse en el que considero uno de los mejores, si no el mejor texto del libro: "El cuerpo de una mujer". En esta narración se llega a una síntesis: no es fortuito que éste sea el último texto del libro. Aparecen imágenes poéticas y sobre todo, puede degustarse lo poético y lo narrativo como unidad.

Desde minezota

Javier Zavala

Sobre la eventitis

Agradecimiento a los Magos y las Catedrales por permitir mis irreverencias en estas páginas.

Yo no sé a quién diablos le rezan los funcionarios de cultura que no les hace caso: de nuevo aquí andamos escribiendo sobre el mito virginal y la barbacoa de chivo a la de "a ver quién se la traga" -aunque bien sabéis que hay cada ingenuo que todavía cree en el IMC, incluso le ponen veladoras a San Becas Jadeo.

Para dejar a un lado a los del IMC sólo les pido que me concedan el favor de correrles la noticia más reciente que dieron a conocer las autoridades (?) de ese instituto: el gobierno del estado iniciará la construcción de un centro cultural muy parecido al de Nepantla en Ciudad Nezahualcóyotl, un municipio que había sido olvidado por la gracia de los dos poderosos e inmaculados jefes de la antisimetría que notienen nada que ver con la riniquedesantanoxielaropanielésedelaesa. Sin embargo, informaron las autoridades (de nuevo?), sólo esperan que las tierras del coyote en ayuno den a luz un poeta o escritor que iguale la obra de Sor Juana y que transcurran 300 añejos y varias cajas de don Pedro (je je je).

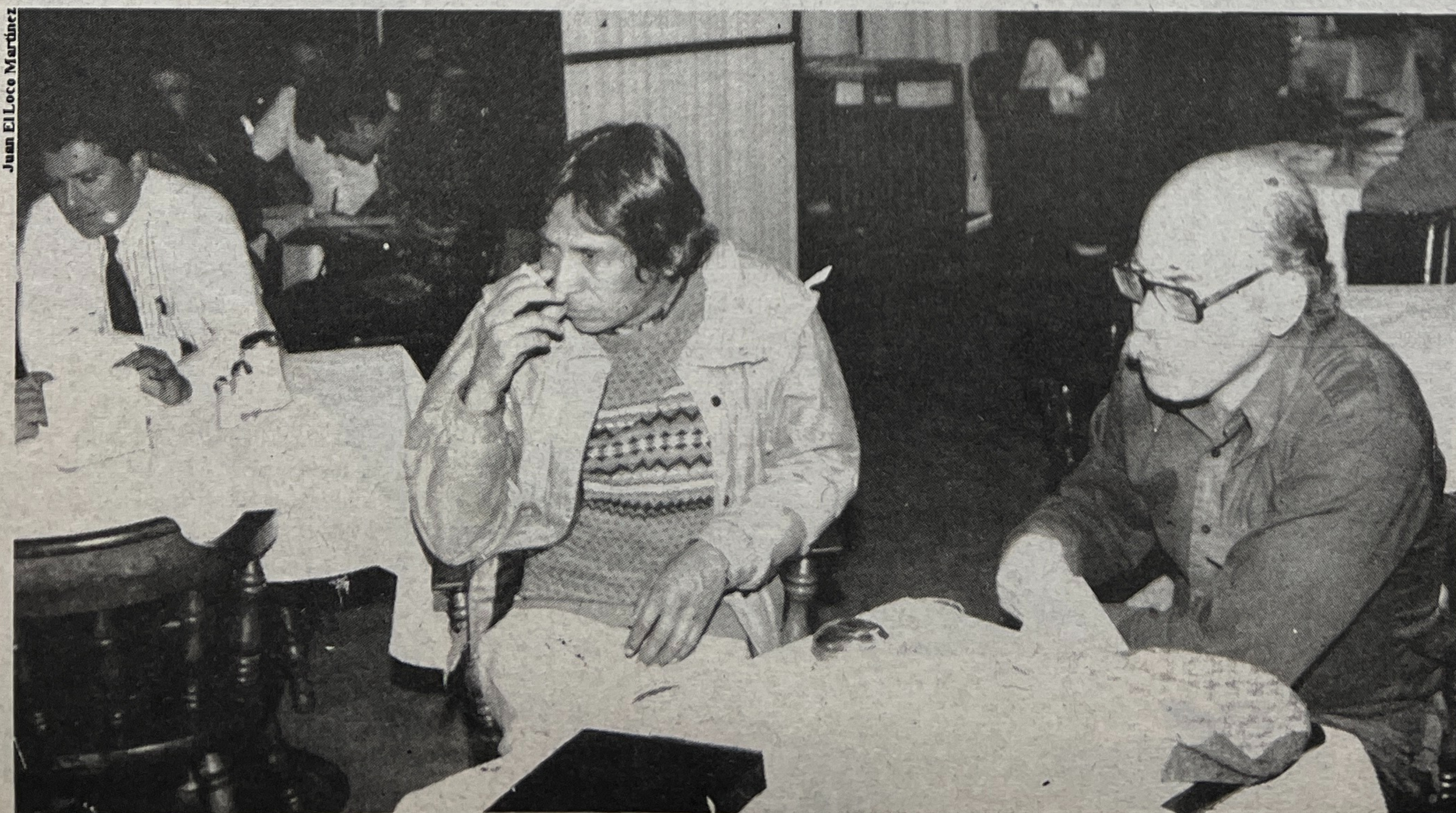
En el caso concreto de Nezahualcóyotl, los animadores culturales fueron sorprendidos por la variedad de programas que las autoridades perredistas instrumentaron en la materia, ya que antes los gobiernos municipales eran algo así como el IMC (en serio, si no me creen pregunten por la anterior directora del Centro Cultural y descubrirán que nadie se acuerda de ella).

Dentro de los primeros cien días de gobierno, la subdirección de cultura ha realizado un foro sobre la materia, un encuentro de teatro, otro de cuento y leyendas tradicionales y el primer tianguis cultural y artesanal en el que participaron grupos de origen étnico. Tan sólo en el Centro Cultural Municipal Dr. Jaime Torres Bodet se llevaron a cabo más de 60 actos que hablan de la intensa actividad y que en otro tiempo y con otro partido jamás hubiésemos podido ver.

Es de resaltar que también fueron rehabilitadas dos bodegas de Conasupo para convertirlas en espacios culturales y así acrecentar el escaso inmobiliario. En este sentido, Valentín González Bautista, el presi de acá, prometió que serán abiertos más foros culturales.

Pero, si bien la dinámica acelerada en la que ha incurrido mi cuate Filadelfo Sandoval es propositiva, a juicio propio hace falta otro tipo de trabajo antes de lanzar las ofertas porque el estado atrofiado en el que los priistas dejaron los espacios y, sobre todo, la inexistencia de un público cultural, hace que los proyectos contemplen la realización de un diagnóstico para identificar necesidades y definir la política a seguir.

De lo contrario las ofertas no corresponderán a las demandas de la población y, además, se corre el riesgo de caer en la *eventitis*, enfermedad que consiste en la realización de un evento sin que éste contenga un sentido social y cultural y que, por lo mismo, carezca del público que las consume. La realización de actos para justificar proyectos no sirve para nada; eso hay que dejárselo al IMC, son especialistas.



Alejandro Ariceaga y José Luis Franco

Quinta columna

Raúl Hernández Nava

¿Librerías o almacenes?

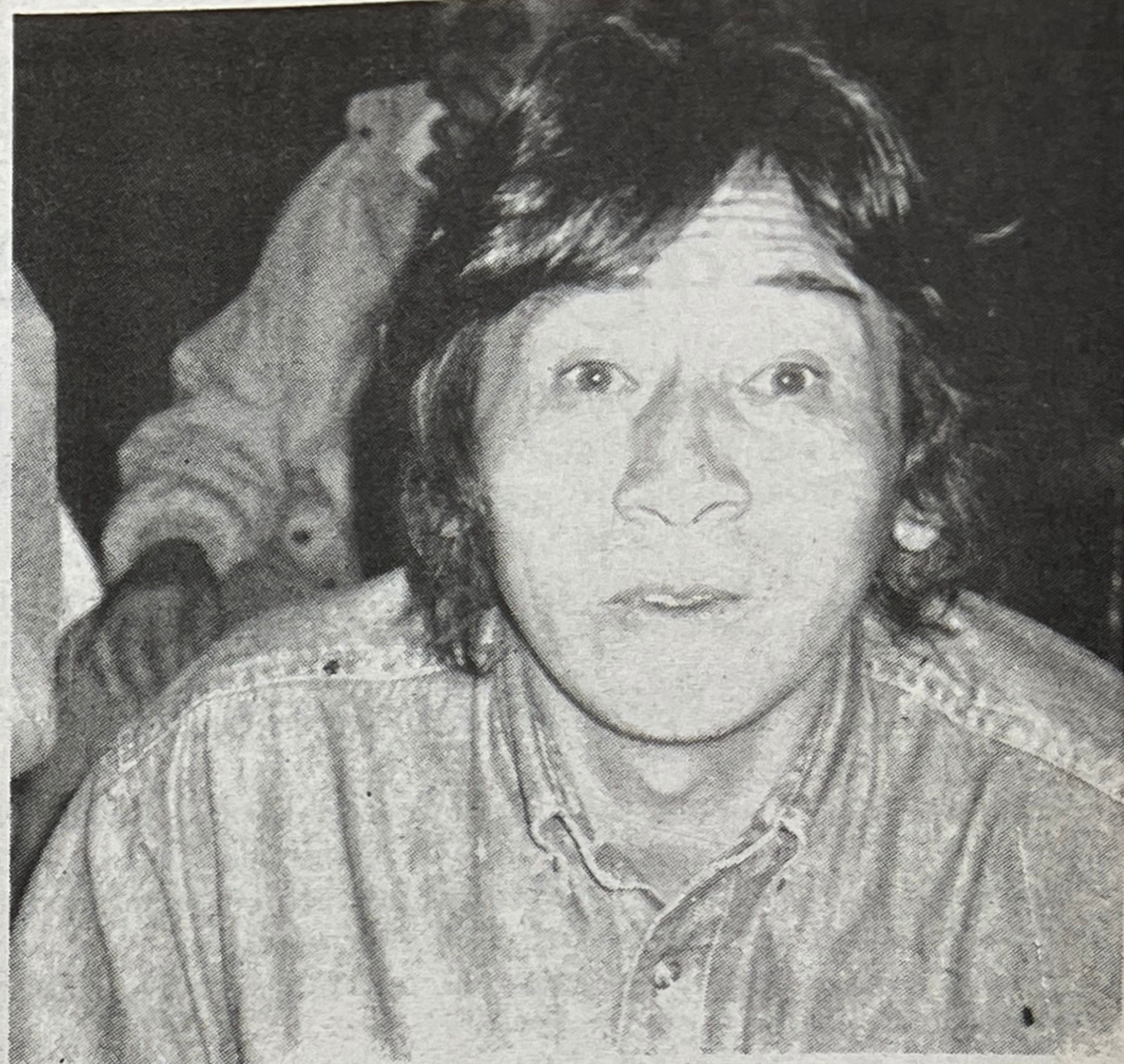
De acuerdo con los datos del INEGI, la población de Toluca en 1995 fue de 564 mil 287 habitantes, y se estima que para 1997 llegará a cerca de los 604 mil; sin embargo, es una ciudad que todavía no cuenta con una librería librería. De por sí nunca ha sido mucha la gente aficionada a los libros, sobre todo en tiempos de crisis y si, aparte, la capital del Estado de México adolece de una librería librería, se agrava aún más la situación para la cultura local.

Desde luego, esta circunstancia no es obstáculo para el librófilo, verdadero adicto a la lectura. Es capaz, en algún día libre, de lanzarse a la ciudad de México con todo lo que eso implica: pasaje, tiempo, smog, mayor probabilidad de un asalto, olores de verano en el metro, o cualquier otra aventura o desventura, pero él se irá a meter a una de esas librerías librerías como la Ghandi, El Sótano o cualquier otra por el estilo, y se pasará hojeando, ojeando, calculando, y otros andos por el placer de alcanzar el fin supremo de su excursión. Como buen *gourmet* ante varios platillos, sufrirá al no poder decidirse por todos, y saldrá de esos exóticos lugares, desconocidos en la Capital de Altura, con la duda de si fue la mejor elección, pensando que la próxima ocasión vendrá por lo que ahora no pudo obtener.

Y no es que Toluca no tenga librerías, pero tal pareciera que los libreros no se deciden a dar el paso al frente, sobre todo aquellos que, celosos de su negocio, mantienen inexpugnables y siempre vigilados los estantes. ¿Qué libro quiere?, preguntan, como si uno fuera a comprar un kilo de azúcar o una lata de chiles. Al librófilo, hay que dejarlo pasar, que se recree con las portadas, que relea las solapas, que recorra las primeras líneas, porque para nadie mejor aquel dicho de que *de la vista nace el amor*. Los librófilos, las más de las veces, entrarán a una librería por acercarse al objeto de su pasión y, frecuentemente, aún contra su presupuesto, saldrán con un libro bajo el brazo con el deseo de llegar pronto a casa y degustar su adquisición.

¿Por qué tanto celo de los libreros? ¿O es temor de que les roben? Seguramente les robarán; pero, también es cierto que el incremento de sus ventas compensará ampliamente los pequeños robos. Otra cosa es si viven de los libros de texto. En ese caso, con que abrieran de agosto a septiembre bastaría.

Desde estas páginas, un llamado a los libreros: traigan libros, y también buenos libros. Toluca es una ciudad que ya cuenta con públicos para todos los gustos, y vayan a visitar esas librerías de México. Algo han de aprender. La cultura necesita de buenos comerciantes, satisfacer el deseo de cultivarse también puede ser buen negocio.



PREMIO NACIONAL DE POESÍA JOVEN

Elías Nandino

1 9 9 7

CONVOCADO POR EL CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES Y EL GOBIERNO DEL ESTADO DE JALISCO, A TRAVÉS DEL PROGRAMA CULTURAL TIERRA ADENTRO Y DE LA DIRECCIÓN DE LITERATURA DE LA SECRETARÍA DE CULTURA DE JALISCO, RESPECTIVAMENTE.

Bases

1. Podrán participar todos los poetas mexicanos por nacimiento que residan en el país, menores de treinta años, que envíen un volumen de poemas inéditos en español, con tema y forma libres, con una extensión mínima de 50 (cincuenta) cuartillas y una máxima de 80 (ochenta).

2. Los trabajos deberán presentarse por cuadruplicado, escritos a máquina a doble espacio, en papel tamaño carta y por una sola cara.

3. Los concursantes deberán participar con seudónimo. Adjunto al trabajo, en un sobre cerrado e identificado con el mismo seudónimo, deberán enviar su nombre, domicilio y número telefónico, así como copia del acta de nacimiento y una ficha curricular. Estas plicas de identi-

ficación serán depositadas por la comisión organizadora en una notaría pública de la ciudad de Guadalajara, Jal.

4. Los trabajos deberán ser enviados al ExConvento del Carmen (Av. Juárez No. 638, Zona Centro, C.P. 44360, Guadalajara, Jal.) La fecha límite de recepción es el viernes 29 de agosto de 1997.

5. En el caso de los trabajos remitidos por correo, se aceptarán aquellos en los que la fecha del matasello de la oficina postal de origen, no exceda la del límite de la convocatoria.

6. El jurado calificador estará integrado por especialistas en la disciplina literaria y sus nombres serán dados a conocer en su oportunidad.

7. Una vez emitido el fallo del jurado se procederá a la apertura de la plica de identificación de quien resulte ganador, y de inmediato le será notificado, así como divulgado a través de la prensa local y nacional.

8. No se devolverán los originales ni las copias de los trabajos no premiados, los cuales serán destruidos, con el objeto de proteger los derechos de autor.

9. Los organizadores cubrirán los gastos de transportación, hospedaje y alimentación del ganador para que asista al acto de premiación, en la ciudad de Guadalajara, Jal., el miércoles 29 de octubre de 1997.

10. No podrán participar:
a) Autores que hayan recibido este Premio en ediciones anteriores.

b) Obras que hayan sido premiadas en certámenes similares.

c) Trabajos que se encuentren participando en otros concursos en espera de dictamen.

11. Es facultad de la comisión organizadora y del jurado descalificar cualquier trabajo que no presente las características exigidas por la convocatoria, así como resolver los casos no previstos.

12. El Premio puede ser declarado desierto. En este caso las instituciones convocantes se reservan el criterio de aplicar el recurso correspondiente en acciones de apoyo a la literatura.

13. Premio único e indivisible: \$ 20,000 (veinte mil pesos (20/100 m.n.)) en efectivo y diploma, así como la publicación del libro en el Fondo Editorial Tierra Adentro.



Secretaría de Cultura
Gobierno de Jalisco



Coordinación Nacional
de Descentralización

TIERRA
ADENTRO

Conversación con dos textos

Martha Elia Arizmendi Domínguez

Mexiquense, toluco de nacimiento y corazón, Alejandro Ariceaga se ha destacado por crear una prosa cuidada y cultivar un lenguaje sencillo, pero no carente de sentido; haciendo de la tradición un juego de palabras con verdadera significación.

A partir de la segunda década de su vida ha producido y publicado textos que muestran la fineza de estilo y la lúcida capacidad creadora que posee.

La lista no es grande, pero justifica la calidad. La obra de Ariceaga se caracteriza, casi en su totalidad, por presentar una exquisita ciudad llena de lugares fantásticos y personajes como sacados de una narración de Rojas González que otrora van y vienen por esos caminos de Dios.

Largas y angostas avenidas procuran el recreo de personajes, muchos coetáneos del poeta, que sin duda quedaron para siempre en la mente y la pluma del autor de *prositas* como él las ha bautizado, textos pequeños, grandes en lenguaje y contenido.

Ariceaga utiliza con fineza diversas técnicas de escritura como las antigüedades sintácticas o semánticas, lo que Ingarden llama indeterminaciones, espacios vacíos, esferas de lo no dicho, que permiten al lector concretizar, asir, aprehender las frases y el contenido total del texto, tal es el caso de "Dice que yo", narración en la que el lector debe actualizar el texto y hacerlo suyo toda vez que lee.

Otra, la estratégica combinación del discurso directo libre y el indirecto, al por un lado no ceder la palabra a los personajes, a la manera del narrador decimonónico y líneas después insertar un diálogo tan realista como en la dramática, haciendo participar abiertamente al personaje.

O la tremenda descripción que muestra el conocimiento de cada parte, personaje y objeto de los rumbos de ésta, *la de buen gente, la que no mata, no más taranta*, como en el texto que ahora nos ocupa.

Clima templado es una novela cuya capa de objetividades presenta 23 partes sin título, que a la manera del venezolano Luis Brito García, en *Abrapalabra*, cada una puede ser una pequeña narración con unidad e independencia total y juntas conformar un texto único, una novela. Ariceaga, en *Clima templado*, utiliza la descripción detallada de una ciudad que lucha por preservar costumbres y tradiciones sin desdeñar las glorias de la modernidad. Esa ciudad es Toluca, no cabe duda, sin embargo pudiera ser cualquier otra de las tantas conocidas por él. La obra es una propuesta, una novela de iniciación o experimentación en la que los personajes al tejer la historia se mueven en un ambiente de oposición: tranquilidad e incertidumbre. Los hay caracterizados de múltiples formas, todos ellos producto de la situación epocal de ésta, esta ciudad; desde el marchante del mercado, al *jotito* que recorre las calles del centro, el *barchante* vendedor de mantas y cambayas, propias de Toluca; a la madrina, vieja bruja que hace conjuros, polvos y ungüentos para ayudar a los demás, para ahuyentarles los malos espíritus y la *nerviolera* que les corre por el cuerpo, muy a la manera de la Celestina.

Las líneas de escritura recorren espacios, llenando página tras página con lenguaje mezcla de metafórico y popular: "Isabel era un cisne. Jaguar y Amazona Odalisca (p. 94). "Quihubo, pinches culebras" (p. 93), con el que se despliega en oposición también el estilo costumbrista y novedoso, realista y romántico, muy de Ariceaga.

Bustrófedon y otros bichos es un bestiarario, reunión de textos en los que animales, cual humanos, hablan y se mueven sin llegar a la rigurosa moraleja de la fábula, sino de manera curiosa y sin pretensiones retóricas.

Bustrófedon es un adverbio griego compuesto de *Bous* buey; y *ptrepsin*, dar vuelta, etimológicamente significa arar en zig zag.

Es una técnica de escritura que consiste en trazar un renglón de izquierda a derecha y el siguiente al revés, toma nombre de los surcos que abren los bueyes al arar.

El *Bustrófedon* de Ariceaga es un conjunto de nueve *prositas*, todas ellas alusivas a animales, en las que reivindica la condición bestial, igualándola a la humana.

El primer bicho tratado es Bustrófedon, un perro de medio pedigrí que tiene el infortunio de ser echado una y otra vez de casa de sus dueños, una y otra porque siempre regresa. Llegar a un punto y dar la vuelta, regresar, hubo de convertirse en rutina para el animal, de ahí la relación del nombre con la etimología de la parasintética griega.

El sentido no es sólo sintáctico, también lo es semántico, pues en el texto se utilizan vocablos que remiten a la idea de ir y volver, de ida y vuelta como: "Así como un hijo pródigo. Vuelta a los juegos infantiles. Vuelta a las atenciones especiales. Vuelta los anuncios pagados. Vuelta a las consideraciones acerca de su caso. Y vuelta a la calle. Bustrófedon como bumerang, siempre regresando como de la guerra. Con la mirada implorante que lo volviéramos a recibir. A renovar las atenciones"

El texto, al igual que el surco, termina en la orilla, donde nunca más hay vuelta, de donde ya no se regresa.

El estilo de Ariceaga es sencillo, utiliza la palabra como medio y fin de comunicación, la técnica es de ida y vuelta, el constante regreso, una línea seguida de otra, sin la pretensión erudita del clásico retruécano, sino con la ingenua y sutil conseja popular.

Insistir en la falta retórica no desmerece la calidad de la producción, por el contrario, como el mismo Ariceaga comenta, las historias contadas son parte de la vida y costumbres de la gente de cualquier ciudad. La trama de cada obra es rica en lenguaje, sintaxis y significación, lo que la hace una verdadera obra artística literaria.

De esta manera, Ariceaga contribuye a aumentar la producción literaria de su natal y querida Toluca del *chorizo* como atinadamente la llama Alfonso Sánchez García.

Notas del garrotero

Alejandro Ariceaga

Candidatos y cultura

Las campañas políticas ofrecen ahora nuevas modalidades. Ni hablar del peluquín. Por lo menos ahora intervienen candidatos a gobernadores, presidentes municipales, diputados y senadores de otros partidos. Ya no es solamente la proclama añosa, demagógica y desgastada del PRI. Eso habla bien de la higiene que tanta falta le hacía al país.

¿Pero qué le toca a la cultura?

La imagen menos vistosa de los candidatos es la que tienen respecto de la cultura. Los medios de la comunicación masiva casi no recogen la participación de los candidatos cuando, dentro de sus respectivas agendas, hacen campaña entre los trabajadores de la literatura, el cine, el teatro, la danza o las artes plásticas (a menos que en esos encuentros figuren los consagrados). Eso ratifica que a casi todos los medios les tiene sin cuidado lo que los candidatos hagan o dejen de hacer respecto de la cultura: no significa, para los medios, información de ocho columnas o de primera plana.

Es chistoso —por decir lo menos— cuando un candidato se trepa a la montaña rusa o cuando se reúne con boxeadores y estrellitas de cine para lanzar sus ofertas de cultura popular. Las noticias que entonces se divulgan se ubican, y ubican al señor, en la dimensión que le corresponde.

Habría que escuchar qué ofrece el tricolor para rescatar de la incuria a disciplinas que existen desde antes de que existieran los partidos; disciplinas que han sido menospreciadas y malamente atendidas.

Un ejemplo del menosprecio por la cultura es la obesidad que ostentan las burocracias culturales de casi todo el país.

También es patético enterarse de la relación que sostiene otro partido respecto de algunas manifestaciones estéticas: el afán medieval y fascista de ponerle brasieres y calzones a las fotografías, o las campañas en contra del condón, hacen retremblar en sus centros la tierra a la sonora posibilidad de que uno de esos bichos tenga en sus manos el destino, por ejemplificar, del cine, el teatro y la danza mexicanos.

La oferta perredista, para mi muy personal gusto, es la más interesante, por el simple hecho de saber que en el PRD militan trabajadores de la cultura; pero ya sabemos que los medios manipulados procuran ignorar o desvanecer los proyectos de este partido.

Poco se puede comentar de la oferta cultural de los demás partidos, pero sería interesante saber qué ofrecen los candidatos del PT, el Verde Ecologista o el PPS (¿todavía existe?) en materia cultural.

Del ferrocarrilero, es decir el Frente Cardenista quinsabequé, es evidente que su discurso, en todos aspectos, es chafetón.

Pero en fin, todos los candidatos tienen el derecho de hacer su oferta. Nosotros, la sociedad civil, tendremos el derecho de votar por lo que más convenga.



Rosa Ma. Ransom, Ariceaga y Gustavo Velázquez

Juan El Leco Martínez

Juro que fue así como sucedió

Blanca Aurora Mondragón

Cuando leí -hace unas semanas- el libro *Clima templado* de Ariceaga, me piqué tanto con la lectura que me la llevé rapidísimo y de modo muy disfrutable. Entonces muy dentro de mí nació una inquietud: el día que yo pueda diré en público qué me ha hecho vivir esta novela en unos cuantos días, diré que además de ser un buen amigo lo admiro como escritor y que qué barbaro, qué padre novela y que quién sabe cuántas cosas más bulleron en mi mente, armé prácticamente una presentación imaginaria del libro, y entonces yo diría esto y esto y esto. Luego leí *Bustrófedon y otros bichos* y me dije: qué manera de hacer perder a los cuates, me gustó también.

Para transmitir el sabor e impresiones meramente personales, como una simple lectora, que hace -poco más poco menos- veinte años se dedica a leer por el simple placer y gozo de leer, sin compromisos, he preparado un texto al que titulo:

JURO QUE FUE ASI COMO SUCEDIO

Hace muchos años, cuando yo tenía como doce o trece de edad, la Casa de Cultura de Acambay convocó a un concurso de cuento con motivo de no sé qué cosa, y entonces yo, que empezaba a escribir mis primeros textos, que me animo y participo con un cuento que se llamó "Y después, y después te encontraba en una esquina y tú mirabas mis ojos...", malísimo, horroroso. Por supuesto que no gané, pero qué tal me lancé a la entrega de premios, ahí mismo en Casa de Cultura, y que va ganando un tal Alejandro Ariceaga, y que le entregan sepa dios si un diploma y que lo pasan a leer su trabajo y éste que se revienta el tan sonado cuento *Erase una vez un hombre que a un elevador subía o que de un elevador bajaba*, cosa parecida, y que se hace la luz, yo impresionada, ya sabes me dije: pos si así se escribe, pos eso es lo más bueno que yo he oído, ya sabes, en la plena casi inocencia, además me representó la imagen, el prototipo de escritor que yo imaginaba: pelo medio largo, parecido (no me lo reproches) a José Agustín, flaco, moreno, feísimo me pareció, pues me dije, no, éste es un escritor *zazazo*, n'ombre, imágnate. Y así pasaron por mi adolescencia *Cuentos alejandrinos*, ese de *Sucedió en un Vallejo-Hospitales* y todo eso. Luego, me ejecuté cada domingo en el suplemento *Vital* aquella plana que siempre terminaba con "besitos a los niños", ¿recuerdas?

Y finalmente, toda esta historia para qué, dirán ustedes, y yo les contestaré entonces que es sólo para confirmarles que aquella mi primera impresión de adolescente estaba en el buen camino, que Alejandro Ariceaga es de los mejores narradores del Estado de México y ahora lo hace patente con *Bustrófedon y otros bichos* y *Clima templado*.

LA TIERNURA CON LA CARA CHORREADA

Bustrófedon es el número 2 de los Pliegos Personae de la tribu tunAstral, consta de nueve textos en los cuales la ternura que a veces en la vida cotidiana se escapa de las manos y del sentimiento, reaparece en forma de gato, de perro o de dinosaurio, o de niño o niña babeados y arrastrados por las fauces de uno de ellos, o de niño o niña en la calle, lejos de mamá y papá, quizá muriéndose y deseando estar en casa, aunque se peleen y nos regañen; en la tristeza y los amores de los dinosaurios.

En *Bustrófedon*, Ariceaga me hizo saber -una vez más- que la literatura está aquí, tan cerca, tan dentro, a veces que -igual que en esos ayerés adolescentes- las letras te bullen y las ves y las tomas, que cazar lagartijas es un arte, que por qué a la hembra de perro le tocó llamarse Basie, que está eso del vagabundo intergaláctico, que por qué al Bustrófedon lo querían regalar: "mamita, y si lo regalaron o no", "ay, mamita, pero cómo termina lo de Basie, qué no ves que nada más dice: Ella que está en todo, con sus ojos avellanos y su...", ¿qué sigue, mami? Porque puedo decir, sin ningún reparo, que dentro de mi sagrada ignorancia literaria, todavía en algunos casos me baso en lo que dice un niño de lo que lee, sobre todo si son mis hijas.

De ahí lo de la ternura de *Bustrófedon y otros bichos*: una niña de doce años acostada en un sillón con su libro rosa mexicano en las manos morenas, leyendo, texto por texto, respirando suavemente, hasta terminarlo y comentarme, está muy bueno, mami, pero por qué querían regalar a Bustrófedon, y le brillaban los ojitos.

Porque si bien es cierto, como dice "alguien" por ahí, que la literatura está en las cantinas, en lo truculento, también se encuentra en la vida cotidiana, a la hora de ir al baño o de cocinar, o de apachar a tu canario, si se deja, o de hacer el amor o en la calle cuando caminas, si sabes -como el susodicho (ja, ja) Alejandro- recrear esas horas y darles la magia del encuentro con las letras.

Casi sobra decir que *Bustrófedon y otros bichos* es de lectura rápida, fluida, y que, como el título lo dice, nos lleva y trae, de izquierda a derecha y otra y otra vez, hasta terminar con sus creos que cuarenta y seis páginas, que te hacen sonreír y

pensar, pues sí, sí así es la vida.

Para concluir, estos textos están dedicados a Casandra y Alejandro como pudieron estar dedicados a ti o a cualquiera que vaya pasando por la calle y que piense que a veces, y aunque sea a ratos, esa ternura, esa casi despreocupación, esa sencillez en la vida, valen la pena ser recuperados.

JURO QUE ASI SUCEDIO

Me escalofría iniciar el comentario de la novela *Clima templado*, porque "¿qué pasa cuando una vecindad de principio de siglo se convierte en protagonista? En esa vecindad, un caserón donde habitan una bruja, obreros, comerciantes, personajes torvos, sucede la acción. También hay una fábrica que juega un papel. Todo recrea el ambiente de un lugar en proceso de urbanización para llegar a ser una ciudad real o imaginaria, Toluca o cualquier otra."

La cosa es que te la creas, mano, de veras, y ya está. Te juro que así sucedió, imagino diciendo a Ariceaga: Hace unos días, platicando con él, comentaba: de veras, cuando digo las cosas como son me dicen ay no seas exagerado, y cuando exagero ni lo notan, de veras, de veras. Y es que, así como digo las cosas, así son, simplemente, y no exagero.

¿Cómo adivinar si *Clima templado* sucedió tal y como lo plantea el autor? ¿cómo saber dónde empieza la imaginación a dar de sí?, ¿cómo pintar la raya entre la madrina de Alejandro y la de Isabel?, ¿cómo pintar la raya entre "una ciudad tan bella como cualquiera", pero con clima templado, y Toluca?, ¿cómo, en mi caso, desprenderme de las sensaciones y emociones que me provoca la lectura de la novela?

El presagio de la madrina a principio de siglo: "pero algún día, Martín, todos los pueblos se harán uno solo que a su vez será parte de la ciudad que se lo va comiendo todo, insaciable, igual que se comió a los barrios, y algún día será una sola ciudad, como gusanera de gente venida de todos lados, sin ganas de quedarse, pero quedándose, y esas calles empedradas le darán paso a miles de vehículos que vendrán y dejarán, recogerán y seguirán su viaje. Ya lo verás si entonces sigues vivo. Por ahí se meterá la civilización con sus presagios de muerte. Verás por ahí las chimeneas humeantes ensuciándolo todo. Olerá peor que el azufre. Costará trabajo encontrar aire puro. Y esos que ves ahora saludándose, saludándose, saludándose todavía, después buscarán el uno al otro dónde está el enemigo y a qué horas, asestará el balazo de muerte, la colisión de los caballos de acero, los automóviles, Martín, la lucha fratricida. Nadie sabrá del otro. A nadie le importará saber cómo se llama el que camina a su lado. Vendrán unos para llevarse lo que es de todos. Pocos vivirán en la ostentación. Muchos vivirán en la ruina... Se ha cumplido el presagio de la madrina se ha cumplido tiempo después. La ciudad es así.

Es como si la madrina, la ñoñora, la bruja que habitaba en la vecindad olorosa a orines y llena de ratas, hubiera estado siempre, en esos ayerés, en estos ahorás, adivinándolo todo, intemporal.

Esa madrina -la bruja a la que los más necesitados y los menos necesitados buscaban para la cura de sus males: la nerviolera, el mal del sueño, uno que otro exorcismo (salte, espíritu del mal, abandona este cuerpo, y abanicaba su ramo de pirú), mala digestión, impotencia y diarreas-, viene y va, deambula junto a las borlas que caen incesantes, junto a los fantasmas y caballitos de mar a lo largo de toda la novela.

Los personajes del texto viven abigarrados en la vecindad, los vencidos -en un sitio y en un tiempo en los cuales casi todas las vecindades tenían al frente su cajón de ropa o su tienda, de los vencedores-, juntos, fráteros, reyes de su mundo, quienes salían al sol, a trabajar, a comprar o vender, a regatear, a tomar unos tragos, a traer y llevar los chismes, a exponerse al exterior, para llegar, luego, a lo seguro, cada quien a su cuarto maloliente, a replegarse cada uno en sus respectivas miserias, juntos y separados, a escucharse, hablando o callándose, entristeciendo.

Y en medio de todo eso, la vivienda de la madrina, luminosa, llenas las paredes de botecitos con doce mil hierbas para preparar los menjurjes con los que curaba, pintada de blanco, limpiezita gracias a las manos de Isabel, la ahijada, predecesora y sucesora al mismo tiempo, madre, hija, acompañante.

Todos los personajes son clave: el hijo idiota, la borracha, el puto, la parturienta, la vieja abandonada, los obreros, la misma huelga, el empresario, los que defienden, los que atacan, todos ellos metidos en el sopor de una vida quizá incierta o imaginaria.

La vecindad, protagonista real de la novela abraza a todos, para todos tiene cabida, con sus olores y sus sonidos, con sus tragedias y sus misterios, con su universo de tendedores y de patios nunca pisados por un niño, en un sitio cualquiera, en esa fría provincia a la cual un día llegó el clima templado.

Ese pueblo donde un día llegó el clima templado, día

en que los hombres abandonaron los gabanes y las mujeres los rebozos; día en el que los comentarios y los chismes giraban en torno a qué calor hace y por qué habrá durado tanto, día en el que los sudores se sumaron al aroma general de los vecinos; día en el que el sopor aumentaba el aire de suspenso de la huelga en espera. Días llenos de calor que dificultaban las idas y venidas al tianguis y las horas de trabajo, y que facilitaban el paso por los antros o tomarse unos tragos e incitaban a los grandes hombres y los no tan grandes al amor con las prostitutas de Ojuelos o a pasar la noche en las fondas, también con las prostitutas.

En fin, una novela que atrapa y que denuncia, que te envuelve en sus misterios y supersticiones, que te hace saber que la civilización ha construido pueblos-ciudades, revolucionados, que te hace ver que todo ha cambiado pero que antagónicamente nada ha cambiado, que la ciudad se ha convertido en un maremoto de ruidos y de fierros, de humo y de progreso; pero que la gente -aunque sean otras generaciones- es la misma, que la situación de los obreros ahí está, latente, que las prostitutas siguen, que todos seguimos por ahí por las calles, que la gente sigue arremolinándose en los tianguis para comprar cosas, todos, ahí, juntos, unos explotando a los otros, sin darnos cuenta, juntos, viviéndonos, muriéndonos, amándonos...

El autor y el lector me perdonarán que no aborde los aspectos técnicos, académicos del trabajo en cuestión, sin que tenga algún prejuicio al respecto, y eso es absolutamente intencional por dos cosas: una, porque yo todavía no soy académica y me resultaría francamente complicado describir cada una de las características de la novela y por qué la novela de Alejandro es una novela, y una novela muy bien escrita en la que los diálogos y los anuncios de periódicos hacen su aparición de manera intempestiva entre el texto sin siquiera el aviso oportuno de un guión mayor o unos dos puntos; que te tienes que poner muy listo para captar cada una de las voces de los personajes, porque aquí sí que hasta las paredes hablan; que está tan bien estructurada que cada uno de los capítulos podría ser un texto completo, redondo, que tiene un argumento que te lleva de aquí para allá a través de las páginas de una manera muy fluida; que el lenguaje está muy cercano a ti, sin perder el tono y la costumbre de su tiempo; que tiene un final contundente y bello.

En fin, todas esas cosas no las podría escribir de otro modo; y dos: que Alejandro es tan así, tan llano, tan sin esquemas, tan sin poses, que así lo decidí; dicho de otro modo, es decir lo que quieras acerca de un libro que te gustó. Perdón, de todos modos.

Clima templado, la novela... te entra la nerviolera al leerla, principalmente porque en el fondo sabemos que todas esas cosas aún existen, afortunadamente. Que en tu pueblo existe el típico loco, la anciana que sobrevive, la puta reconocida, la casa a la que asisten los hombres probos de tu comunidad para pasar el rato; el borracho incorregible, la bruja que te cura de todo a cambio de un costal de papas o de una gallina... o ¿quién de nosotros se ha salvado de una limpia con un buen ramo de pirú cuando la cosa se pone difícil?, ¿quién no ha sabido de un huevo que se pasa por todo el cuerpo pa' quitarte la mala suerte?, ¿quién no ha aspirado a un amuleto con un trapito rojo pa' las cosas del amor?, ¿quién no ha sabido de alguien que prende una veladora perfumada y bañada en azúcar pa' que no le bajen al marido?, ¿no has conocido a una abuelita preocupada poniendo bajo la almohada de tus hijos o sobrinos unas tijeras en cruz, por si las dudas, aunque tengas parabólica o teléfono celular?

Aún existen, y somos partícipes de ellas, ¿quién te dice que tú eres el sucesor de alguien que se niega a morir y quiere terminar su obra -buena o mala- a través de ti?, ¿quién te asegura que no tienes ya la voz prestada como Isabel y estás viviendo cosas que ni siquiera imaginabas?, ¿quién te asegura que tu vida es tu vida?

Somos partícipes de este pueblo, de esta ciudad en la que, a veces, también, llega el clima templado.

Placeres: ¿culminación generacional?

Sara Rivera

El primer escritor no sólo toluqueño sino mexiquense que leí fue Alejandro Ariceaga, y, a diferencia de los siguientes, al que leí sin tener la más remota noción de quién se trataba, porque es innegable que en la producción literaria local, la tendencia es leer primeramente a los conocidos.

Al poco tiempo que tenía de habitar en la ciudad de Toluca, un compañero de clases me regaló un librito que se llama *Ciudad tan bella como cualquiera*. Lo que al principio me pareció como surgido de una necesidad justificadora y hasta chovinista, resultó una experiencia gratificante en mi aprendizaje toluqueño. Pude entender que Toluca, el misterio al que apenas comenzaba a acceder, era realmente una ciudad tan bella como cualquiera y por ello podía ser asunto honorable de relatos y hasta odas, aun sin ser una rancia ciudad colonial, a como yo estaba acostumbrada. Los diferentes relatos de mi primera lectura netamente "tolucense" (debo decir, pues precisamente en ese año se aprobaron los nuevos gentilicios del estado) contorneaban mejor aquellos rasgos de personalidad urbana *sui generis* que ya había detectado.

Aunque estaba aún imberbe en cuestiones literarias, imaginé todo el tiempo, por el lenguaje del libro, que el autor era un chavo veinteañero de la misma ralea que José Agustín. Años después que lo conocí personalmente, y con algunas lecturas más de sus textos periodísticos (cuando Alejandro era coordinador de *Vital*, suplemento cultural de *Rumbo*) que aumentaron mi prejuicio sobre su edad, confirmé que efectivamente se trataba de una especie de José Agustín toluqueño: no tan chavo desde mi perspectiva cronológica, cuando se es tan joven, todos los mayores que uno son casi ancianos, pero sí muy conservado en lo físico y en la actitud; esa actitud de desenfado, de cotorreo, que enmarca la información cultural acumulada, que en todo momento evade el tono pedagógico o nostálgico, actitud legitimamente juvenil que adjudicaba -tan positivamente como podía ser- a los que vivieron sus años mozos en la década de los sesenta.

Los años y las lecturas de Ariceaga que siguieron fueron confirmando mis esquemas. Entre su cuantiosa producción intelectual, que no conozco totalmente, vino *La Troje* y más tarde llegó a mis manos *Bustrófedon y otros bichos*. Alejandro reincidía en la omnipresencia de Toluca, las alusiones autobiográficas, en la narración ágil, casi espontánea, que recurre a cualquier cita que se deje.

Todo esto viene a cuento porque, si Alejandro Ariceaga hace ahora de unas memorias *Placeres*, entonces yo también podría seguir la línea con mi respectiva *Entwicklungsroman* toluqueña. Porque considero, para que no se me acuse de

abandonar las bases académicas, que *Placeres* está construido sobre la mecánica temática de *Bildungsroman* o *Erziehungsroman* en el marco toluqueño. Se presenta ahí el proceso conformador de un toluco y de una ciudad, de un contexto, de una época.

El eje, o mejor aún, la obsesión de *Placeres* es "El cuerpo de una mujer" ("El cuerpo de una mujer tiene la flama que me enciende" p. 51) desde el inocente "La miré sin querer" ("La emoción especial de ir al grano me llevó a las mirillas" p. 32) que provoca el indispensable "Me propuse mirar más" ("Y yo miraba. Sin tocar, sólo miraba. Yo miraba los pelos ocultos de las mujeres y algo dentro de mí se estremecía" p. 19), para llegar al anhelo de "Quería ser invisible" ("Me gustaba mirarlas sin que ellas lo notaran (...) despojar una prenda tras otra hasta quedar desnudas desde los pies hasta mis ojos (...) tocarlas mataría el hechizo" p. 49) y terminar anecdóticamente reconociendo que "Me gustaba mirarlas" ("Algo sobrevive, supongo, desde los orígenes. Algo que alguna vez alteró mis emociones" p. 34), ese "me gustaba mirarlas", digo, como conclusión climática de este proceso de crecimiento, de construcción, o mejor aún: el ritual de *iniciación* que se lleva a cabo a través de la vista: el cuerpo de una mujer como antonomasia del universo todo; los ojos como puente que nos conecta con el mundo y sus placeres, como medio absoluto de conocimiento. Ahora sí, plena y literalmente, el *voyeur* como vidente.

No es determinismo simplista decir que estos *placeres*, planteados en todo momento como gran parafernalia, consisten en las reminiscencias de las inquietudes adolescentes, justamente aquello que ha conformado la personalidad. En referencia a la *Entwicklungsroman*, Wolfgang A. Luchting, en *Pasos a desnivel*, retoma la definición de adolescencia de *The Columbia Encyclopedia*: "período durante el cual el individuo busca emanciparse de la familia, intenta encontrar un sitio en la vida vocacional de la comunidad y trata de adaptarse sexualmente, descubriendo que su vida se complica debido a las coerciones que sobre él ejerce la sociedad". Las ansias de un adolescente por acceder a los tabúes que la cultura ha determinado sobre el cuerpo humano tienen su canalización en el sentido visual: "Me obsesionaba la palabra carne, entendida, claro está, como cuerpo que se contempla a la distancia" (p. 45). Son las ansias naturales que despierta un tránsito definitivo, pero que la sociedad convierte en morbo; entonces el autor contraataca para transformarlas en placeres durante su narración, en un asunto superado y siempre jovial:

"El centro de mis obsesiones eran las partes ocultas de



Cafés Literarios
tunAstral

Todos los lunes
20:00 hrs.
mayo de 1997

- 5 Celebración seis años
Marco Antonio Morales (promoción cultural)
- 12 Patricia Laurent (narrativa)
- 19 *No hay límite: tunAstral 1964-1995*
INSTITUTO MEXIQUENSE DE CULTURA (antología)
- 26 Mario González Suárez (narrativa)



Nostalgia de la luz

Comentarios: Luis Miguel Vargas



Restaurante Biarritz

5 de Febrero esq. Nigromante
Centro, Toluca, México
Teléfonos: 14 57 57 y 13 46 24

entrada libre

todas las mujeres. Adivinar forma, olor y consistencia. Suponer los rincones húmedos y tibios. Ansiar con todas las ganas del corazón, atisbar la parte que -después lo sabría- se llama pubis (...) Un montoncito de pelos negros, rubios, lacios o rizados no es nada más que un montoncito de pelos. Nada más. Pero en mis ganas locas, descoyuntadas, era el centro del universo, porque aquellos matorrales discretos son la cornisa del lugar exacto del placer" (p. 35).

Así, el narrador de Ariceaga está emparentado, en este proceso emotivo de conocimiento -y sólo en esto-, a algunos personajes de los jóvenes Vargas Llosa, Gustavo Sáinz, de Fuentes o de Emilio Carballido, cuando confiesa: "La emoción aquella en el centro del ombligo, era siempre la misma" (p. 20), "amigos jitomates se venían desangrando junto a mi corazón palpitante" (p. 39). La diferencia sin embargo estriba en el resultado de la narración misma, debido a la distancia temporal que guarda una perspectiva remota: el narrador de *Placeres* no tiene conflicto en esto, que no sea recurrir siempre a las hurtadillas, ni empacho en narrarlo; en este sentido se halla más en el tono de Casanova con sus *Memorias*. Ahí está además la particularidad de esas inquietudes en el nido toluqueño que enmarca las experiencias de sus crios.

Toluca ("la ciudad en que nací" p. 13) vista, descrita, contada y recreada por sus retoños: los textos de Alejandro, desde *Ciudad...* hasta *Placeres*, como *Tolucanos* de Carlos Olvera, *El año que se coronaron los Diablos* de Eduardo Osorio y *De cierta ciudad* de Alfonso Sánchez Arceche, son libros que desde la ficción reflejan o hasta buscan dilucidar la ciudad de Toluca con todo y su identidad. Aquí, sin embargo, la novela de Osorio se distingue por contar desde la perspectiva fuera, y por eso los énfasis en aspectos que para los demás, propiamente oriundos, no son sustantivos -como por ejemplo, esos rasgos de dialecto que ha aportado a nuestra habla. En cambio, como *Placeres* platica desde la intimidad, desde el recuerdo y la evocación, Toluca es simplemente el marco justificatorio del ser, sin cuestionamientos ni afanes de trascendencia, no el asunto a dilucidar. Y por eso la incidencia del yo (el personaje-protagonista-narrador-voyeurista) es el pilar de la enunciación: "cuando yo tuve diecisiete primaveras (...) Yo andaba de patalarga (...) Yo miraba mujeres (...) Yo me sentía con el deber de amarlas a todas" (p. 27).

"Yo el observador oculto. Yo el andariego. Yo el filibustero de la nube. Yo invadido por una angustia indetenible mientras ellas cumplían una rutina insignificante, de todos los días, y yo sufriendo. Yo el placer solitario" (p. 49).

"Yo me sentía con el deber de amarlas a todas", afirma un narrador con la misma melancolía de Giacomo Casanova, para que luego quede ante nuestros ojos la conclusión de la *Bildung*: "Hoy no las quiero a todas. A estas alturas de mi vida, sólo una a la vez, pero a mi lado. Una nada más, pero conmigo. Una sola mujer para vivirla" (p. 50). Quisiera saber: ¿es ésta también una culminación generacional?



Ariceaga, Sara Rivera y Fernández Iglesias

Habra Eduardo Osorio

Sobre los placeres de Placeres

Eduardo Garay Vega

Al empezar a leer los pequeños textos autobiográficos de Alejandro Ariceaga, traspasamos el lenguaje escrito para adentrarnos en la calidez que entraña el lenguaje oral.

Es como si tuviéramos al autor junto a nosotros en una sabrosa tarde de sobremesa platicándonos. Al mismo tiempo vemos pasar a un grupo de adolescentes riendo por la maravilla de descubrir sus emociones y las emociones que provocan.

Los *Placeres* de Alejandro Ariceaga inmediatamente remiten a nuestros propios encuentros con la belleza, el deseo, el sexo; leemos y somos uno de esos adolescentes que buscan y se encuentran con la urgencia y el miedo. Los flashazos de la memoria son tan personales que, más que desaparecer todas las referencias de época y lugar que habitan en este Cuaderno de Malinalco, auxilian en nuestra labor de recordarnos en la propia inocencia.

Muchas son las virtudes que existen en el libro que hoy nos ocupa. Ya hicimos una brevísima mención de la facilidad para hacernos sentir nuestros barrocos saques de onda al descubrir la realidad de las cigüeñas y, también, de su estilo de plática que hace avanzar sin ningún tropiezo por sus páginas, anhelantes de seguir descubriendo los misterios que se encierran más allá de las enaguas; sin embargo, quisiera hacer énfasis en lo que realmente es el trabajo de escritor que hay por parte del autor toluqueño.

Es difícil resistir las tentaciones que ofrece el tema del adolescente y sus primeros escarceos con lo que Luis Buñuel definiría como "oscuro objeto del deseo". Sin embargo, en ninguno de los 21 textos aquí reunidos aparece Superman con sus super-mujeres y sus super-aventuras. Aquí todo es real, todos existen y se libra con calidez la bronca de hacer una guía tres equis para chamacos calenturientos.

Por último, quisiera nombrar algo sobre uno de los epígrafes que aparecen al principio del libro ("En el erotismo existe esta jerarquía: quien hace, quien observa, quien sabe". Aforismo de Karl Kraus). Es patente que la intención de Alejandro Ariceaga al estructurar este libro obedece a esta jerarquía: Habla (recuerda) y nos hace hablar (recordar) de lo que hizo (hicimos); nos observa, lo observamos y nos observamos y, por último, nos avienta el reto de decir que, la verdad, sí sabemos sobre erotismo.

CTE: nueva administración

Ana Lydia Chávez

En marzo de 1983, Alejandro Ariceaga decía en el suplemento *Vital*, bajo su coordinación, lo siguiente: "Hace ya un poco más de un mes que decidimos constituirnos en asociación. Somos un grupo de escritores que se congregan para discutir apreciaciones estéticas, económicas, sociales o políticas, de amigos que decidieron unir sus posibilidades de participación con una sociedad; para saldar deudas mutuas". Con estas palabras, dio inicio el andar de un grupo de escritores y artistas toluqueños que, un mes más tarde, se agruparían en el Centro Toluqueño de Escritores (CTE).

Fue un 10 de mayo de 1983 -sin que ello tenga alusión o relación alguna con el festejo tradicional de esta fecha-, cuando se fundó el CTE por iniciativa de Alejandro Ariceaga, y el apoyo del Ayuntamiento de Toluca. En ese entonces, Jaime Almazán fungía como alcalde y brindó el apoyo necesario para dar cauce a las inquietudes de los escritores.

Luego de 14 años, el trabajo continúa; los becarios aumentan en número y rebasan ya los 40, mientras que el número de libros editados alcanza la cifra de 60. La importante trayectoria de este centro dedicado a la difusión y promoción de la cultura, en particular al impulso de las letras de la entidad, va más allá de las cifras.

La calidad de los títulos editados por el CTE ha rebasado ya las fronteras locales, luego de que la obra de escritores como Eduardo Osorio, Félix Suárez y Jorge Arzate, sólo por mencionar algunos, ha sido galardonada con el reconocimiento de premios a nivel nacional en los renglones de poesía joven y novela. Sin embargo, la gran mayoría de los becarios (entre los que se cuentan Marco Aurelio Chávez, Félix Suárez, José Alfredo Mondragón, José Luis Herrera Arciniega, Rubén Reyes Soto, Francisco Paniagua, Benjamín Araujo, Raúl López Camacho, Mauricio Moreno, Francisco Javier Beltrán, Ana Tissera, Luis Alberto Reyes, Roberto Fernández Iglesias, Rafael Figueroa, Luis Antonio García Reyes, Enrique Villada, Esteban Reynaud, Pilar Ramírez, Mihaela Comsa, Eduardo Osorio, Flor Cecilia Reyes, Gustavo Michua, Enrique Sarmiento) y de los acreedores al premio Tolotzin, han aportado al CTE desde su fundación trabajos de profunda calidad en géneros como novela, poesía y ensayo.

Actualmente, Eduardo Osorio, ganador en su momento de la beca por trabajos desarrollados en los géneros ya mencionados, se encuentra a cargo de la coordinación del CTE, luego de la importante labor desarrollada por Alejandro Ariceaga al frente de esta dependencia en administraciones anteriores.

A más de una década de existencia, el Centro Toluqueño de Escritores enfrenta los cambios y las expectativas del momento. De ahí la necesidad de entablar una conversación entre *cAmbiAviA* y Osorio.

Quedamos de vernos en el café de moda en Toluca, Biarritz. Cuando llegué estaba sentado leyendo *La Jornada*. Nos saludamos, me invitó un café y luego de la normal espera para que sirvieran el capuchino, iniciamos la conversación.

cAmbiAviA: El CTE cumple ya 14 años. Acerca de las debilidades y fortalezas que comentabas antes de iniciar la charla, ¿cómo han ocurrido estos primeros 14 años para el CTE?

EDUARDO OSORIO: El CTE lo podríamos ver como en una gráfica de economía, tiene sus subidas y sus bajadas pero, en términos generales, se encuentra en un momento de grandes posibilidades para su proyección y para la proyección de sus miembros; para construir un espacio que fomente primero la creatividad de los escritores, que se convierta en un centro que favorezca la tolerancia en momentos en los que la ola conservadora a nivel mundial atenta contra la creatividad. Es un centro en el que se puede volver a recuperar el sentido de pluralidad de las actividades artísticas.

El Centro Toluqueño nació como tal, un espacio que, si bien mayoritariamente de los escritores, también ha sido espacio para el teatro, el cine, la música, discusiones filosóficas y otro tipo de participación. En este momento el centro se puede entender porque tiene una fuerza que no creo que exista en otra parte del país, en la que ya sumamos más de 40 becarios que expresan con libertad una serie de tendencias lo mismo en la poética que en la crónica periodística, lo mismo en la exploración de formas narrativas que en la investigación que se traduce en ensayos muy importantes.

La fuerza de este centro basada en los becarios, radica en la forma impecable que han sido electos los miembros, mediante un concurso, de modo que en la mayoría de los premios -casi 20 que ha dado el CTE-, ha surgido una ópera prima. En la primera generación, los cuatro primeros becarios, son cuatro primeros libros. Obras de escritores novatos en la primera generación, que produjeron muchísimo más. Tenemos el caso de la carrera truncada de José Alfredo Mondragón, de Félix Suárez que repite con un premio nacional Elías Nandino de poesía joven, Marco Aurelio Chávez que ya lleva varios títulos y de José Luis Herrera Arciniega, que ya va por la media docena

de títulos logrados. Ese modelo de ópera prima que ha capturado el CTE, se ha repetido. De hecho tenemos que el programador de actividades del CTE, Jorge Arzate, también tuvo su primera obra en el CTE y más tarde, en este caso en 1996, también obtiene el premio Elías Nandino para poesía joven. Así se pueden enumerar muchos casos de la forma en que el CTE ha fortalecido a sus becarios y estos becarios fortalecen al centro. Lamentablemente, hemos desaprovechado el hecho de que cerca de la tercera parte de los becarios son extranjeros, con muy buenas obras, pero la mayoría de esos extranjeros ya no están aquí, entonces la tarea sería impulsarlos para a través de ellos lanzar al CTE fuera de las fronteras municipales.

C: De hecho ya se lanzan con estos premios que ganan a nivel nacional como reconocimiento.

E O: Sí, en efecto, esa es la forma de proyección, pero tenemos que hacer de esta proyección una tarea urgente que debe ser apoyada por todos los becarios, que debemos discutirla, que debemos impulsar.

C: ¿Tú alcanzas a detectar una forma de escuela de escritores, alguna tendencia literaria que lleven los becarios, que distinga al CTE?

E O: Hay una fundamental. En narrativa, lo que hemos visto es una ruptura con ciertas tendencias bucólicas que existían todavía durante el nacimiento del centro: todavía había muchos narradores que describían su panorama literario, el telón de fondo de sus narraciones todavía era una cosa amorfa de ciudad, ni campo ni zona urbana, todavía existen algunos de esos títulos, todavía se llegaron a dar en el CTE pero lo que ha acentuado la nueva narrativa del CTE es su carácter urbanita. En algunos casos, dependiendo del tipo de género, de intención y de autor, este tipo de narrativa alcanza niveles metropolitanos, cosmopolitas. Eso es en cuanto a narrativa.

En cuanto a poesía, una de las grandes cosas que ha generado el centro es que para ganar el premio del CTE se necesita un gran trabajo previo del poeta, de mucha intensidad, de mucha preparación y esto es posible en función de que retrata por un lado, el nivel alcanzado por la escritura local de la poesía, y, por el otro, que el debate que se ha implementado alrededor de la poesía es un trabajo riguroso, constante, duro, o bien es un producto de las iluminaciones -si la poesía es un acto apolíneo o un hecho dionisiaco. Esto se debate con más claridad ahora, antes era menos posible.

En ensayo, se ven trabajos de mayor construcción metodológica, con marcos teóricos mejor sustentados, aunque yo sigo pensando que carecemos todavía de críticos que aborden la obra local.

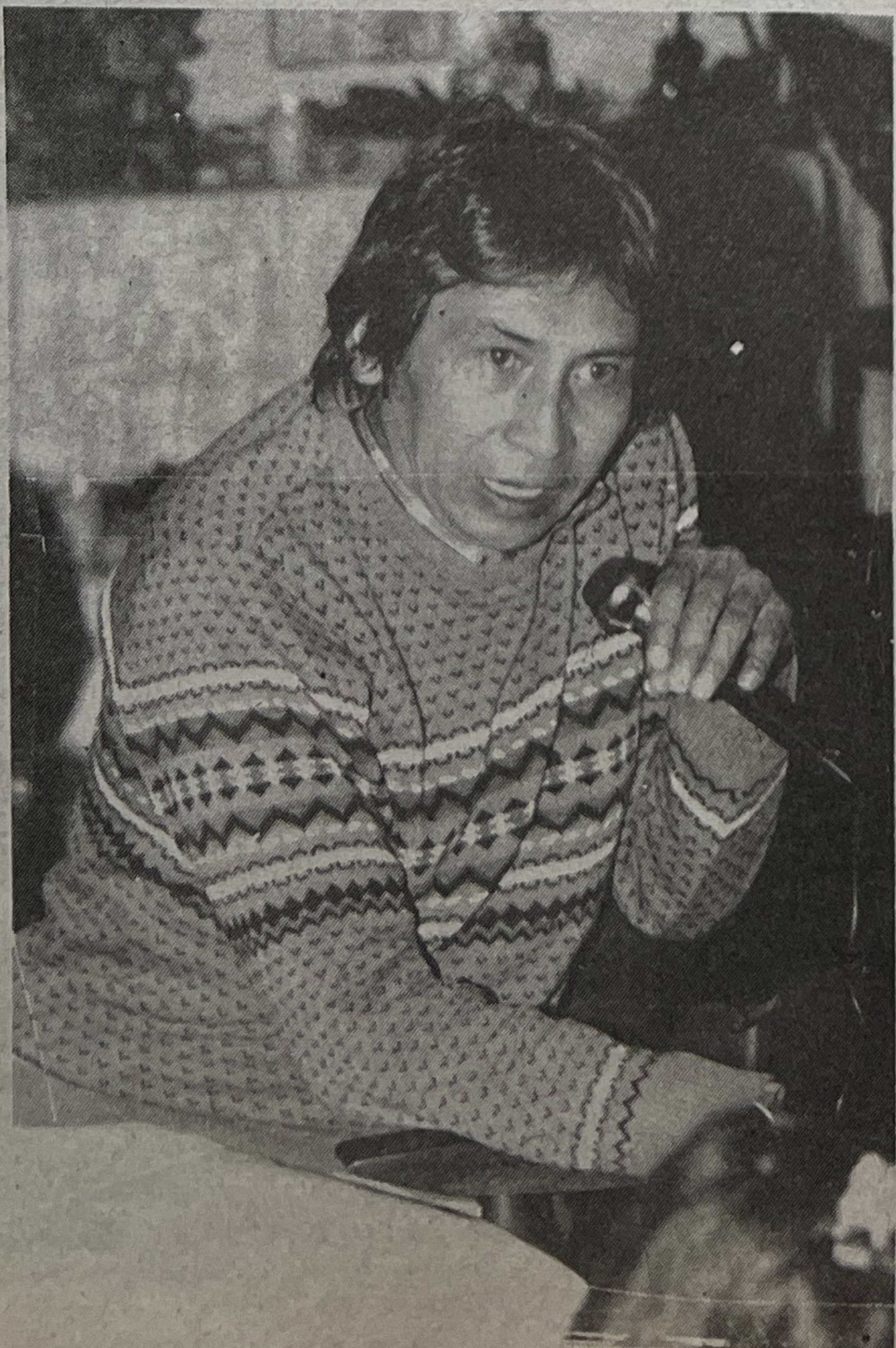
No hemos avanzado, por otra parte, en la construcción de públicos, de lectores. Esa debería ser una de las tareas para asumir, no solamente por el CTE, en donde vamos a impulsar esto: también lo debe asumir el Estado como una urgencia para impedir lo que el Gordo llama sociedades ágrafas.

C: Hace poco, Francisco Paniagua hablaba de la dificultad que tienen para distribuir las publicaciones. De tanta obra embodegada, ¿a eso te refieres cuando hablas de buscar la forma de llegar a los públicos?

E O: No, no pienso que sea un problema estrictamente de distribución. Es un problema cultural que implica la suma de voluntades. ¿De quién es la obligación de generar lectores? La necesidad de crear lectores la debe tener la sociedad misma. Lo mismo le interesa al Estado, al gobierno mexicano, a la iniciativa privada, tener, fomentar los públicos lectores para elevar la capacidad creativa, imaginativa, que permita mantenernos constantemente actualizados, recuperar el atraso que tenemos frente a las sociedades tecnológicas, desde ese punto interesa a estos sectores, pero también nos interesa a nosotros, los grupos que estamos organizados de manera colegiada, de manera gremial. Alrededor de la literatura estos grupos son los que también tienen que trabajar en el fomento de la lectura. Tal vez se requiera construir un gran debate alrededor de esto y lo mismo a nivel nacional que a nivel estatal, que a nivel municipal, porque estamos perdiendo la batalla del Tratado del Libre Comercio, la estamos perdiendo y ha propiciado que empresarios nacionales fomenten un movimiento contra la violencia en la televisión, a favor de lo mejor que plantea "vamos a cambiar este país"; a los empresarios mismos les urge. Podríamos establecer alianzas con ese tipo de empresarios, buscar ese tipo de alianzas.

C: ¿Sería el momento de aprovechar la circunstancia, igual que se dio en los setenta cuando ocurrieron cambios como los que mencionas en *Club Obrero*?

E O: Estamos en una situación de equivalencia, sólo que si aquella ocasión el problema era cómo íbamos a administrar la riqueza, ahora lo que nos une en este debate es cómo administrar la pobreza. Si la poesía es en este momento la última de las utopías, a ella nos tenemos que atener para ganar adeptos a través de la lectura.



Compartir placeres

Roberto Fernández Iglesias

Placeres es el desquite de Alejandro Ariceaga contra la primera crítica que recibió en su vida. Un asalto feroz y despiadado sobre unos pobres versos perdidos. El autor de aquella evaluación fui yo y no me arrepiento. Hoy puedo decir que fue una muestra perfecta de crítica integral. El instrumento menos usado fue la palabra. El gesto y la acción tomaron el lugar de la simple acción verbal. Sobre los papeles que sufrían aquellos versos bailé un zapateado con tantos kilos como hoy; ante el asombro de aquel joven aspirante a poeta, después de la zapatiza tomé las hojas y las hice algo cercano al confeti; más de treinta años después pienso igual que entonces: tenía razón. De existir esos cososseudoliterarios hoy serían poemas perdidos con ansias de gloria mal habida.

A cambio, Alejandro Ariceaga se puso a leer y a escribir, a intentar pensar y sentir, abandonó los versos y se hizo narrador por propio arte y más propio derecho. Así ha llegado a ser uno de los pocos novelistas del entorno, uno de los periodistas culturales más incisivos y un hombre productivo sin mayores vanaglorias.

En nuestra mitología se me acusa de practicar la crítica integral, gestual y definitiva, como una costumbre. Otra de las mentiras que la envidia y la calentura producen. Sólo una persona ha recibido de mí la agresión crítica: Alejandro Ariceaga. Nadie más ha sufrido ese horror. Supongo que fue difícil para él, mucho más que para mí pues yo sólo me deje llevar por el entusiasmo. Después de eso no hay crítica que lo asuste. Por mi cuenta, y con la querida Edith Piaf, no me arrepiento de nada.

A estas alturas de nuestra vida literaria, veo que a mucha gente le ha faltado enfrentar una crítica de peso completo como esa. Ahora estarían en otro negocio o tendrían la fuerza literaria de Alejandro Ariceaga. Una fuerza de intensidad lírica en la prosa como aparece en los poemas de *Placeres*. Ni relatos, ni cuentos ni nada de eso como pudiera ser dicho por los eslabones perdidos en la ignorancia que ahora son consentidos por el poder que no dejaría que se divulgara que la Tierra es plana y centro del Universo.

Placeres está marcado en su género por el epígrafe de Rimbaud, uno de los grandes poetas en prosa. En su contenido, la señal de lectura es el epígrafe de Karl Kraus. Señal incompleta. Al decir que "en el erotismo existe esta jerarquía: quien hace; quien observa; quien sabe", elimina dos grados importantes: quien escribe y quien lee, a este último rango *Placeres* remite a sus lectores.

El escritor de estos erotismos propone unos personajes que aprenden: ¡Ay de mí si quisiera encontrar la autobiografía del autor! El mundo de los cuerpos y a veces del amor es el objeto de estudio; las condiciones del otro, de las otras; el encuentro de la otra mitad de la especie humana produce un placer que en la extensión de los poemas aparece como indefinido o como una bruma nerviosa, aunque llega un momento de sabiduría: "aquellos matorrales discretos son la cornisa del lugar exacto del placer".

Para la poesía contenida en estos textos, hay un erotismo hecho de pelos y carne: "¡Con tanta carne por el mundo y uno a solas!"; pero también está el amor que deja recuerdos, "nobles recuerdos, digo, para después de la memoria"; y del mismo modo se llega a la sabiduría: "Hoy no las quiero a todas. A estas alturas de mi vida, sólo una a la vez, pero a mi lado. Una nada más, pero conmigo. Una sola mujer para vivirla".

Al final, podemos inscribirnos en la lista completa: somos quienes hacemos, quienes observamos y quienes sabemos; pero quien escribe es Alejandro Ariceaga, porque, como dice la voz lírica al final de *Placeres*, "yo pongo música en la tecla, el corazón, el alma y lo que quieran". Nosotros, quienes leemos, sonamos al unísono de esta música de la escritura que aprovecha los mínimos detalles de la existencia para establecerse en los *Placeres*.

C: ¿Habría alguna manera de que ustedes como escritores conciliaran con esas tecnologías que de repente parece que rebasan a la lectura?

E O: Siempre me he reído de la idea ésta de que va a desaparecer el libro...

C: Hablabas de los libros en Braille...

E O: Les hago el chiste ese de que mientras existan ciegos interesados en la lectura, habrá libros, por un lado, por otro lado, quién va a hacer los guiones de televisión: un escritor. Se me hace tan exagerado esto de la idea de la desaparición del libro como la desaparición del empleo como van las cosas, dado que las nuevas tecnologías concentran tanto capital a costa de tan pocos empleos, que además se pueden hacer desde la casa, estamos en víspera de la desaparición del empleo. No lo creo así. Alguien seguirá empujando la podadora para que los jardines tengan mantenimiento, alguien seguirá enterrando cadáveres, y alguien tiene que ordenar la poesía a través de la ocupación, siempre habrá alguien empleado y, de igual modo, el libro siempre existirá, mientras exista la especie humana.

C: Hace nueve años Alejandro Ariceaga hablaba de establecer la autonomía del CTE con respecto a algunas instituciones, en particular hacia el Ayuntamiento de Toluca, de donde obtienen el apoyo económico...

E O: Seguimos teniendo el respaldo del Ayuntamiento, con las autoridades se ha planteado siempre eso de cómo el CTE debe fortalecer su autonomía creativa. El apoyo administrativo lo necesitamos. No olvido que el nacimiento del CTE parte de nuestro trabajo y de la voluntad de un político que entiende la situación que se vive en el país, que tiene la sensibilidad suficiente para dar este apoyo que necesitamos. El CTE cuesta varias decenas de miles de dólares al año; los escritores mismos no los tendríamos, eso de la independencia administrativa-económica no es viable a corto plazo. Si es posible discutir cómo se podría hacer, necesitaríamos mucha imaginación, muchísima participación de todos los escritores, de todos los becarios, pero lo fundamental es mantener la autonomía creativa y eso, pues, las últimas elecciones internas del CTE prueban que esa autonomía se ha respetado. Está el caso de que ningún concurso ha interferido la autoridad para que los escritores libremente elijan un jurado y se respete a todos los premiados: nunca se ha vetado un premio, nunca se ha censurado una sola línea de la obra creativa de los escritores, entonces eso para mí es autonomía que hemos conquistado, que debemos fortalecer y debemos aprovechar para producir más

cosas. Esa autonomía para el pensamiento crítico, para la creatividad, existe; tenemos que consolidarla más.

C: ¿Hacia dónde va el CTE, qué hay del trabajo de los escritores toluqueños, ahora toluceses?

E O: Tengo un reto muy fuerte -no somos toluceses, somos toluqueños, antes toluco que toluceses- que es recuperar el sentido de agrupación que generó el CTE en su momento: romper algunas fábulas, algunas consejas que son erróneas, por ejemplo, se dice que el CTE es una mafia, lo contesto diciendo "por qué cada año aparece por lo menos un nuevo escritor, por qué si esta mafia que empezó con el debate de cuatro o cinco escritores, ahora incluye más de cuarenta becarios, hay dos casos concretos de que esta mafia es un invento de aquellos que Bloom llama "los resentidos", la prueba son: Alejandro Ariceaga, que no aprovechó el cargo para publicarse, que, al contrario, el CTE le afectó para publicar su obra, y que el CTE no ha publicado a Alfonso Sánchez Arceche, quien fue uno de los que participó de algún modo en la idea del CTE.

C: Ahora te afectaría a ti...

E O: Ahora me afectará a mí: Alejandro Ariceaga me dejó una responsabilidad enorme. El, con todo lo que digan sus críticos, hizo mucho más que bien las cosas y eso para mí es un reto, una carga, me va a pesar todo el resto de esta administración pero en tareas concretas. Debo decir que vamos a hacer un centro de cómputo dentro del CTE, al servicio de los escritores. Generaremos espacios para que los escritores se estén actualizando constantemente, estén puliendo sus herramientas. Este centro de cómputo lo vamos a tener como regalo de los 14 años del CTE que es el próximo mes de mayo. Te estás llevando la primicia. Eso es entre muchas tareas. Tenemos la necesidad de tener un mayor contacto con otros escritores tanto del Estado como del resto del país. No sé cómo lo vamos a hacer, en ninguna parte del país hay dinero, pero confío en la imaginación de los escritores para encontrar las rutas más baratas, por lo menos...

C: Igual y de ahí sale otra novela.

E O: Por lo menos de ahí sale otra novela, sumando todas estas ideas, todas estas utopías humanas. Si de "estas utopías" puede salir una novela como salió *Club Obrero*, luego de una anécdota con Francisco Paniagua.

Pero pueden salir muchas más, y no sólo novelas, también poesía y ensayo. Saldrá todo aquello que el ejercicio de la imaginación que menciona Eduardo Osorio, coordinador del CTE, haga emerger de las conciencias de los escritores toluqueños que ya están... y los que vendrán.

H. Ayuntamiento de Toluca



Reyes, Ariceaga, Osorio y Arzate: cambio en CTE

Nuevo sol en Teotenango

Los usos de la crítica cultural

Ernesto Jiménez

Hace un año que por estos días publiqué un artículo en este periódico sobre el Festival del Quinto Sol. Tras la publicación, algunas autoridades hacedoras de la cultura se desgarraron las vestiduras. Hace como un año se dijeron tantas cosas. Desde aquellos que confirmaban mi dicho hasta los que lo consideraban como producto de mis frustraciones. Hoy *cAmbiAviA* aparece nuevamente, tras un periodo de silencio. Silencio que, como se había sentenciado, sería producto de las carencias económicas, y no, afortunadamente, de ideas, de tener algo que decir, de informar, de criticar así las cosas. Es el momento de recuperar lo que se dijo con respecto al Festival del Quinto Sol y contrastarlo con lo ocurrido en la edición de 1997.

En aquel momento los aspectos sustanciales de mi crítica fueron los siguientes:

1.- Que después de ocho no se había asimilado ninguna experiencia. Que no se pudo apreciar la ceremonia del fuego nuevo con toda su carga de símbolos y valores en condiciones de igualdad personal y cultural, tanto para las autoridades, como para los grupos indígenas y público en general. Además no se contó con información suficiente, escrita y a través de los medios, acerca del ritual y de su significado.

2.- Que si el Instituto Mexiquense de Cultura promueve el festival, entonces que se responsabilice de su adecuada promoción, que se comprometa a brindar las condiciones necesarias para permitir las expresiones de los ritos y costumbres indígenas.

3.- Que hasta ahora, los esfuerzos de las instituciones han dado resultados poco satisfactorios en lo que se refiere a incrementar el conocimiento por la cultura prehispánica en el público asistente a este tipo de actos.

4.- Que el inicio de la primavera da motivo para la manifestación de distintas tendencias culturales, todas ellas dignas de respeto. Pero si el Instituto promueve la asimilación de los ritos prehispánicos, entonces debe encauzar sus esfuerzos para que estos se realicen de la mejor manera posible.

Para terminar el recuento también dije: "No es posible que las autoridades del Instituto promuevan el festival y luego no participen o no sepan cómo participar. No se vale que se hayan hecho del rogar para aceptar la invitación a convivir con los indígenas y saborear los platillos tradicionales traídos desde lugares lejanos y con quién sabe qué esfuerzos. No se vale que al mismo tiempo que se lleva a cabo el rito se estuvieran pronunciando discursos oficiales vacíos y tantas veces escuchados. Promoviéndose a sí mismos. Los grupos indígenas confoman una civilización viva que se niega a morir, de esta manera, la presencia de las autoridades se vio como si fueran los permisionarios que otorgan su consentimiento para efectuar su ceremonia. Asumiendo la perspectiva del indígena, podríamos decir 'no me ayudes compadre', 'no se vale'".

Hace casi dos meses se llevó a cabo la edición 1997 del Festival del Quinto Sol. Por la manera en que se desarrolló, podríamos decir que las situaciones fueron totalmente distintas.

1.- El estacionamiento cercano a la pirámide de Quetzalcóatl, en donde se llevó a cabo la ceremonia, estuvo restringido; pero, por esta vez, los danzantes tuvieron la oportunidad de subir sus vehículos y, ahí mismo, cambiar sus ropas, por los trajes tradicionales.

2.- Alrededor de las 12:30 dio inicio el ritual. Un grupo de danzantes (cocheros) se encontraba en el escenario para recibir a los grupos indígenas, quienes hicieron su ambo hasta la pirámide (por cierto totalmente despejada) para encender el fuego nuevo. Después iniciaron las danzas y los saludos a los cuatro puntos cardinales. Posteriormente, los grupos indígenas se encontraron en la explanada con los danzantes e iniciaron una convivencia, cuya nota fue de respeto, de entrega y de coparticipación.

3.- Las autoridades, por su parte, se concretaron a efectuar una sencilla ceremonia oficial y, posteriormente, hicieron mutis, cosa que agradecemos la mayoría de los presentes.

En líneas generales, poco más o menos, eso fue lo que sucedió en esta edición. Interesa resaltar aquí no tanto lo que ocurrió, sino cómo pasó. Hasta aquí el lector habrá notado las diferencias sustanciales que se hicieron palpables entre uno y otro acto. Con ello respaldamos una vez más la necesidad de la crítica y la información. Porque criticar es destruir (no hay crítica constructiva, como algunos suelen pensar) para reconstruir y, desde luego, mejorar, rehacer, repasar. Si los cambios de una edición a otra fueron producto de lo que se escribió en *cAmbiAviA* hace como un año, celebros que, después de la desgarradura de vestiduras, las autoridades hayan replanteado la organización del festival. Si no lo fue, también lo celebros, porque es un claro indicio que no estábamos equivocados.

cAmbiAviA regresa, y esta vez, para quedarse un buen tiempo y para continuar con el quehacer de informar y de criticar. Por eso, quienes vean en *cAmbiAviA* la oportunidad de conocer cómo se dan los hechos de la cultura y cuáles son nuestros puntos de vista, tendrán la opción de confirmarlos y de rehacer aquello que sea necesario para bien de todos; los que promueven la cultura y los que la disfrutamos o sufrimos. Usted tiene la palabra.

Viejos cuentos de la cultura

Dionicio Munguía J.

Es claro que las opciones culturales de una ciudad, sea ésta la que sea, al norte, al sur o al centro del país, casi siempre dependen de la "generosidad" que los gobiernos, tanto estatales o municipales, tengan hacia los creadores del arte.

Para usar un par de palabras que estuvieron en boga hace tan sólo unos cinco años, los "trabajadores de la cultura" dependen de la buena voluntad, el estado de ánimo y las ganas de los políticos de desprenderse de los centavos que el público contribuyente genera mediante los impuestos.

No es de extrañar entonces la cantaleta que por estas fechas empieza a circular por las oficinas correspondientes: "No hay presupuesto". Sin embargo, es también notable la generosidad que algunas dependencias tienen hacia construcciones u obras de "interés público", que al final de cuentas resultan ser tan sólo elefantes blancos, centros inoperantes, banca de burócratas (como en el fútbol, los que están siempre de reserva y no suelen entrar a ningún partido), aviones de doble hélice que siempre aterrizan, cansados y agotados por la larga jornada de trabajo en el parque más cercano donde todos los ven leyendo las noticias más importantes de la localidad, siempre con la mira puesta en el próximo puesto, no importa de qué, que les permita continuar con su fatigosa labor. Ningún estado de la república se salva de dichas cantaletas. Por ejemplo, para tomar el que tengo más cerca, en Querétaro, desde hace tan sólo un par de meses, el Consejo Estatal para la Cultura y las Artes ha iniciado el proceso del cambio de mandos, tomando en cuenta una serie de disposiciones que nadie sabe para qué servirán en pro de la cultura (artística, hay que aclarar, no sea que haya un rector universitario que con demagogia diga que la cultura es todo aquello que nos rodea cuando se le cuestiona sobre la poca actividad que la Universidad lleva a cabo con los artistas universitarios y no).

El aparato burocrático del estado se apodera de una dependencia y difícilmente la suelta. Hunde sus garras y se aferra a los puestos con todo, hasta con los dientes más pequeños de los dedos de los pies, los callos y juanetes), afectando sobre todo a escritores, pintores, músicos, que buscan como pueden los medios suficientes para continuar con su labor, que es mucho más importante que el trasero de un burócrata gordo, flatulento, con indigestiones producidas por los kilos de frijoles que suelen comer en el almuerzo de tres horas que todos los días, entre las nueve y las doce, llevan a cabo sin importarles el tiempo precioso que suelen perder aquellos que, esperanzados, aguardan en las antecámaras de las oficinas.

Es notorio que ante la proximidad de las elecciones en el estado, aquellos burócratas de sillón mullido tiemblen, suden copiosamente y se expresen con una servilidad notoria ante el candidato de la mayoría que ganará las elecciones con un amplio margen de votos (¿se entiende la ironía?). También es notorio el desprecio que sienten ante los greñudos, sucios y vagos que llegan a la dependencia esperando encontrar un apoyo, cada vez más mínimo para llevar a cabo algo, lo que sea, dentro de los pasillos múltiples que las artes tienen en esta vida moderna. Y también es notorio, porque sinceramente lo es, que un presidente municipal se preocupe (entre comillas, porque la preocupación tiene otro nombre) por crear un instituto municipal para la

cultura, un museo de la ciudad y un centro cultural. Pensaría en los viejos cuentos si todo esto es una buena fábula o un sueño del que pronto despertaremos para descubrir que fue una pesadilla y no un angelical y benefactor sueño blanco. Claro, los "elefantitos" están a la orden del día, pero qué le vamos a hacer, así es esto de las elecciones, sin importar los carros de lujo, las llamadas a Washington, a Bruselas, los viajes al exterior y las grandes carteleras almoleoyenses que continúan con éxito arrollador.

Ante tales circunstancias, los creadores se sientan a observar la carrera parejera (que no lo es tanto), desde la silla de un café donde se arregla la mitad del mundo, porque la otra mitad habla desde las tribunas diciendo: "Ante el reto del final de siglo, la cultura tiene la opción más importante de nuestro gobierno y veremos que todas aquellas necesidades que se tienen entre los que trabajan la cultura, sean resueltas de la mejor manera y bla, bla, bla".

La otra opción es mucho más dura y difícil de concretar, pero también mucho más satisfactoria: la independencia y el autofinanciamiento. Pero aquí entraríamos en otro filón que puede ser mucho más molesto y agradable de tratar, porque tendríamos que tocar a todos aquellos benefactores de las artes que promueven, con sus grandes empresas y cuentas bancarias, a mediocres saltarines, yupies con ideas geniales, mujeres guapas sin una pizca de cerebro, a difundir la "cultura de las masas" (que sigo sin entender cuál es), con el fin de que las masas sean más cultas y propias, más llenas de plenas satisfacciones y conocimientos, que la mayor parte del tiempo suelen ser inútiles (pero eso es harina de otro costal).

Existen, eso sí, las iniciativas privadas (generalmente muy privadas) que los grupos de artistas, de escritores, de pintores, de músicos, llevan a cabo con todo el alma por delante, aunque en los bolsillos el vacío de monedas sea un común denominador. Loar por loar siempre es malo, pero los resultados están a la vista (hagamos una pequeña digresión en este punto, ahora que están de moda, puesto que mientras los aparatos de difusión cultural llevan a cabo homenajes sin sentido, libros de cocina y otras chucherías, los grupos de artistas publican, exponen, presentan su trabajo con muchísimo más gusto y ganas que con presupuestos y faramallas. Hay datos que no daremos, por aquello del pudor inentendible, pero que son, con mucho, más interesantes que los que dan en los informes anuales o fin de sexenio).

Pero, ¿qué tendremos que hacer? Aguantar la *avalancha de éxitos*, declaraciones triunfalistas, informes inimputables, sonrisas y apretones de mano, una que otra cosa en alguna cena o comida, según la hora, y una palmadita en el hombro con la infaltable promesa de que, ahora sí, todo irá bien, habrá más presupuesto, publicaremos más libros, se harán más exposiciones, habrá más conciertos de una *vil-harmónica* y seremos un estado culto, como el que más, de los que existen en todo el mundo. ¡Sí, cómo no! En fin, tendremos que aguantar y aguantar, poner un poco de dinero (un mucho) de nuestros bolsillos y continuar con esta ardua tarea que es el arte, en todas sus expresiones, esperando que la tierra de Jauja dé al fin los frutos que tanto esperamos.

Viernes de tunAstral El aroma de la originalidad (El canon de Harold Bloom)

Diplomado / Seminario
mayo de 1997 20:00 hrs.

Moderador: Roberto Fernández Iglesias

Seminario con valor curricular

Informes:

Casa tunAstral

Porfirio Díaz (ente Villa y Zapata)

Col. Universidad, Toluca, México

Tel Fax (72) 19 54 36

entrada libre

9 *John Milton*

Gustavo Velázquez

16 *Samuel Johnson: el hombre y la obra*

Luis Bernardo Pérez

23 *¿Fausto o Goethe?*

Rosaluz Velázquez

30 *William Wordsworth:*

el aroma de la trascendencia

Francisco Paniagua

Boom de Bloom

Blanca Aurora Mondragón



Margarita Monroy en Casa tunAstral

Explosión en el medio literario: *El aroma de la originalidad* (El canon de Harold Bloom) llama la atención del público.

El Diplomado/Seminario organizado por la tribu tunAstral dio inicio en el mes de marzo del presente y se amenaza con tener sesiones cada viernes a las ocho de la noche en Casa tunAstral hasta el (casi) lejano septiembre.

La idea del proyecto surge de una necesidad apremiante de recomodar los valores literarios, dar el justo lugar a quien lo merece y dejar de gastar tiempo y energía en "discutir inútilmente contra sedicentes personas de letras perdidas de cualquier ruta que lleve a la poesía, al arte de la palabra".

A raíz de la decisión de aplicar la "política del ninguno" (si no es literario, no vale, en literatura, hablar de ello, no existe), una forma acérrima de crítica, la tribu planteó el Diplomado/Seminario (y con ello se hizo trabajar con chichito a varios que conozco) que consta de 28 fechas, 84 horas aproximadamente, en las cuales se expondrá, en las voces de diversos comentaristas, la obra de los escritores occidentales de todos los tiempos, canonizados por el investigador, maestro y crítico estadounidense Harold Bloom, de la Universidad de Yale.

Esta actividad tiene como finalidad analizar, discutir, acordar o diserepar con los puntos de vista tanto

de Bloom como de los ponentes, para con ello aprender, hablar de los escritores que sin duda alguna lo fueron, ocupar el tiempo y la mente con el conocimiento, la sabiduría de los genios de la literatura occidental, compartir la obra literaria, charlar de lo que vale la pena.

Lo anterior se planteó en la sesión introductoria: *¿Por qué el canon de Bloom?*, que estuvo a cargo de Roberto Fernández Iglesias el 7 de marzo, ante más de 60 asistentes.

Sabrosa y chismeable estuvo la ponencia del día 14: *Cimas, simas y alucinaciones con William Shakespeare*, que expuso el controvertido Julio César Villafuerte. Hubo revuelo en el público; primero un silencio pesado y casi absoluto durante la lectura; luego, comentarios feroces y uno que otro impropio. Discusiones, aclaraciones y, lo más importante, aprendizaje, en más de un sentido. Muchos asistentes en esta sesión, también.

La divina comedia y Dante Alighieri fueron el centro de la noche del 21 de marzo. Oscar González hizo una exposición sobria e inteligente al respecto desde el enfoque que le concede Bloom. En la primera parte de la sesión leyó su texto "Dante o la poesía", en la que comenta al auditorio que Dante es la poesía, que no anda -nunca anduvo- perdido en su camino hacia el paraíso o infierno de la literatura y fue a parar directo

al canon occidental. Más de 50 personas en la libreta de registro.

El mes de abril *El aroma de la originalidad* transcurrió así:

El cuatro. *Hombre, poeta y peregrino: Geoffrey Chaucer*: la riqueza literaria de la Comadre de Bath y El Bulero, la peregrinación hacia la tumba de Santo Tomás de Beckett, la escritura versificada original en los *Cuentos de Canterbury*; datos concisos de Chaucer como hombre, escritor y protagonista-testigo de los cuentos que, según Bloom, es la obra más relevante del poeta. Todo esto, y más a fondo, además de la abundante participación del público (también abundante, por cierto), se expuso en la voz de Ernesto Jiménez.

El once. Muy sesuda y estructurada la ponencia *Leer el Quijote ante el siglo XXI*, de Margarita Monroy Herrera, quien, desde la perspectiva de la teoría de la recepción, hizo una novedosa disertación acerca de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, en ella develó aspectos de la obra de Miguel de Cervantes Saavedra que el público aplaudió, puesto que tomó como foco al lector del siglo XX, casi XXI, y lo retó a enfrentarse al Quijote sin mitos y sin barreras intelectuales.

El dieciocho. *Si Montaigne no viene a ti...* dijo Alfonso Sánchez Arceche en la noche de acercamiento a la Montaña, entonces ve tú y lee a Michel de Montaigne, el renombrado iniciador (formal, quizá) del ensayo. El ponente discrepa en algunos aspectos con Harold Bloom, que no con el escritor estudiado. Sánchez Arceche, historiador, estudioso serio al fin, plantea un panorama del contexto social, histórico, cultural, en que se gestó la obra analizada y dio cuenta de cómo nació el ensayo como género literario propiamente dicho. Sesión muy concurrida, como las demás.

Así va la cosa hasta el momento: muy interesante, calentita y sabrosa, y sobre todo, casa llena.

Para quien ha sido asistente más o menos regular a los actos de Casa tunAstral es una grata sorpresa que el espacio se llene de ese modo, prácticamente no queda ni silla ni banco ni banqueta vacíos. Esto puede ser un buen síntoma: nos movieron el tapete. Quizá ya estábamos tan contaminados y hartos de esa avalancha de sinsentido en forma de libro, que, estudiar a los "buenos", desde la perspectiva de otro "bueno" es un alivio, una válvula de escape y una buena oportunidad para reestructurar nuestros propios valores en la literatura.

El Diplomado/Seminario *El aroma de la originalidad* (El canon de Harold Bloom) es una excelente propuesta de estudio y análisis, además puede tener valor curricular, sin embargo cabe preguntar y preguntarse: ¿quién de los muchos asistentes resistirá el embate del boom de Bloom?, ¿quiénes aguantarán las 84 horas que dura el Seminario/Diplomado? Y... ¿qué se hará con todo ese conocimiento aprehendido? Mientras llegan las respuestas... ¡salud, y que el éxito continúe!

Novela en ritmo de jazz

Luis Miguel Vargas



Las cosas complejas son fáciles de hacer. El verdadero desafío es la simplicidad.

Robert James Waller

Publicado originalmente por la Warner Books, Inc., Nueva York, llevada inmediatamente al cine bajo la dirección y estelanzación de Clint Eastwood y en el rol femenino Meryl Streep, podría uno pensar que *Los puentes de Madison* es una novela prescindible y que lo mejor es ver la película. Sin embargo, sucede todo lo contrario.

Estamos frente a una novela original. Su autor, Robert James Waller, resuelve diligentemente todos los problemas que significa escribir una historia de amor... sí, de veras, de amor. ¿Y cuáles serían dichos problemas? Los dos extremos son, por un lado, el cinismo escéptico, y por el otro el romanticismo tarado de la novela rosa o telenovelería. La imposibilidad o posibilidad del amor. Nuestro autor prefiere un término medio: frente a la realidad—moral, familia y sociedad básicamente—no hay amor que resista, el amante lo sabe y por prudencia renuncia, pues en su misma realización el amor lleva la semilla de su destrucción. Así el amor ha de morir joven para permanecer puro e intenso en la memoria, esa vida paralela que todos llevamos a cuestas mientras lavamos los trastes o manejamos a la oficina.

Desde Platón se viene discutiendo este problema del amor y a la fecha nadie se pone de acuerdo, cada quien habla como le va en la feria. Personalmente me suscribo a lo que decía un personaje de alguna película, "hay tanto amor en el mundo, pero dura tan poco", y a la advertencia de Kierkegaard en el *Diario de un seductor* de que un romance no debe durar arriba de seis meses.

Si la especulación sobre el fenómeno amoroso es el aspecto más flojo de *Los puentes de Madison*: si el autor bordea, sin caer nunca afortunadamente, el abismo de lo cursi, por qué vale la pena leer la novela de Waller: por la manera como está escrita, cinematográfica y jazzísticamente.

Con base en una minuciosidad sistemática en la descripción de los personajes, cosas y ambientes; una escrupulosidad en el reporte y definición de todas las sensaciones por mínimas que sean; logra un ritmo y un realismo cinematográficos. Uno realmente ve todo en movimiento y con la ventaja, sobre el cine, de saber lo que sienten los personajes a cada paso. Estamos por lo mismo frente a un relato transparente, no da lugar a ningún tipo de suposición o ambigüedad.

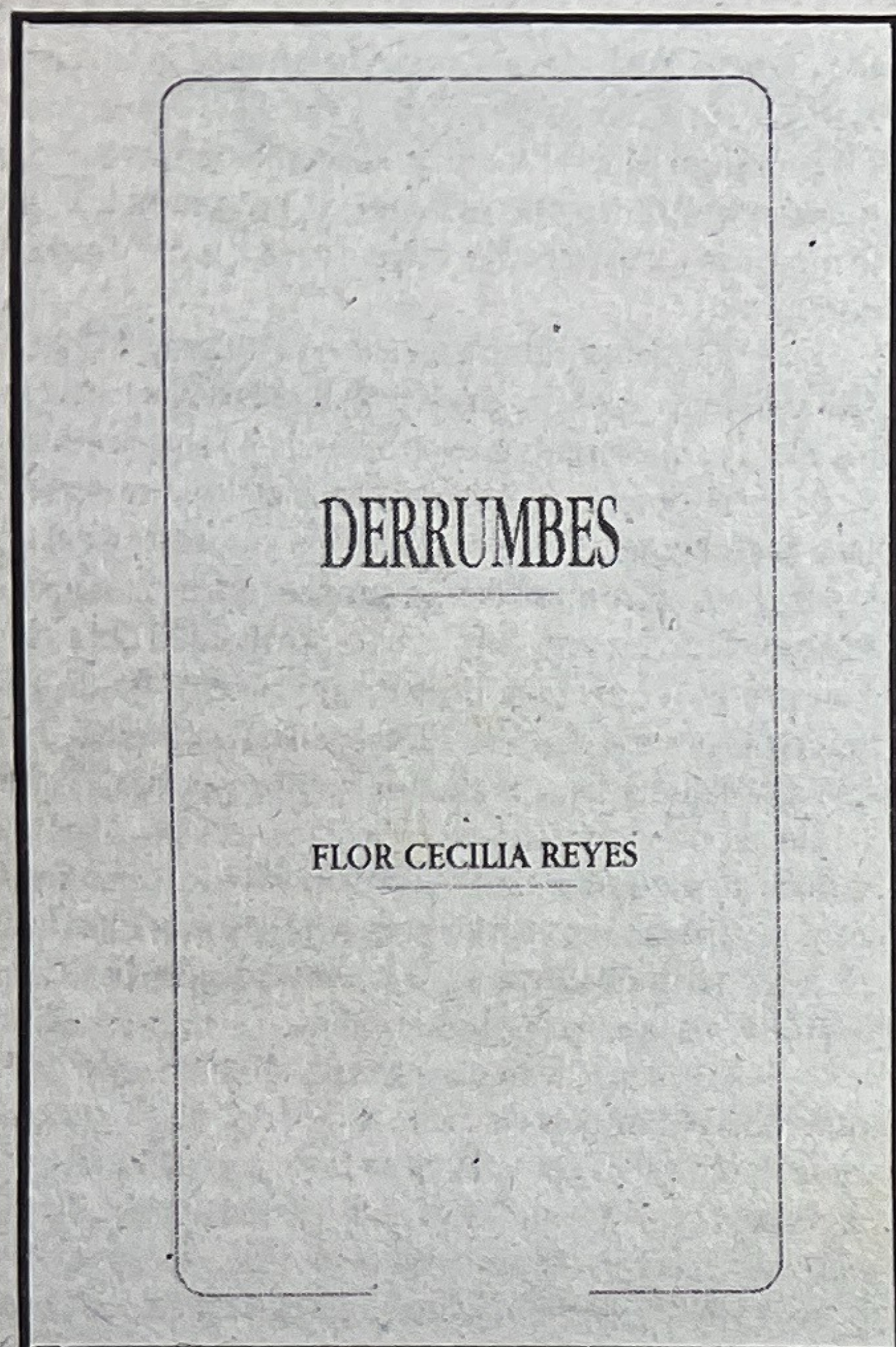
Respecto al recurso musical hay un tema básico que es el encuentro de Francesca Johnson, un ama de casa que pasa una semana sola pues su esposo y sus dos hijos adolescentes fueron a una feria ganadera, y Robert Kincaid, fotógrafo de la *National Geographic* que se encuentra de paso fotografiando unos puentes cubiertos que hay en el municipio de Madison. Este tema adquiere dimensión por un conjunto de hechos (imágenes): cuando ella lo ve bajar de su pickup para preguntar la ubicación de un puente (el puente Roseman), cómo va vestido, cómo va vestida ella, las cervezas que se toman juntos, el encendedor Zippo, los Camel sin filtro, la guitarra, las botas vaqueras, la cadena y la esclava de plata, las cámaras, la mesa de formaica, *Las hojas muertas* y el baile en la cocina y así al infinito, no podría aumentar todas las imágenes, se van acumulando y repitiendo a voluntad y forman una sinfonía o una sesión de jazz. No es en vano que Robert Kincaid al final de su vida "estaba trabajando en algo con lo que trataba de convertir la música en imágenes visuales", y también, al final, le cuenta su romance a un saxofonista de jazz y éste le compone una pieza llamada "Francesca".

Entre otras virtudes de la novela, encontramos un ensayo de estética, específicamente sobre el arte de la fotografía. Finalmente, el encuentro amoroso de Francesca Johnson y Robert Kincaid es una catedral de sensualidad de impostergable aprendizaje y práctica.

Robert James Waller, *Los puentes de Madison*, Océano/Atlántida, México, 1995, 97 pp.



Alfonso Sánchez Arceche en Casa tunAstral



Derrumbes de Flor Cecilia Reyes

Enrique Villada

Hay un libro hermoso, pequeño, que se abre en tres pliegos, en tres destellos de la tierra que late.

Lo imagino muy tierno, como el corazón de los niños cuando acaban de nacer y se abisman en los instantes eternos que vendrán.

Lo abro apenas y es como un abrazo cuando la tarde nos envuelve en un círculo de fuego y ardemos, del alma a la garganta, nos quemamos en la desazón del silencio.

Aunque cada una de sus partes parece obedecer a un tiempo determinado veo en el conjunto un tono, una música que sube sobre las ruinas de la blancura.

Sobre tu libro escribo, Flor Cecilia Reyes, sobre las tres palabras de tu nombre deiseminadas bajo el cielo.

Es tu libro, *Derrumbes*, una revocación de la madrugada, donde la pareja se ancla en la amargura, en lo que ya no tiene remedio.

Pero también es la cabalgadura de la noche, del mar enamorado en el que vas por el mundo, por el cuerpo del deseo mojado de luna.

Es, asimismo un día de cuyo amanecer te arrancaron y donde te descubres, fértil, asombrada de tanta fuerza y tienes que transcurrir por los "caminos ciegos" de los días.

Hay una mujer en tu libro -Flor de espejos- que te reparte como un pan entre tus imágenes:

a - Aquella de la negra rabia donde agonizas,
b - Esa de más allá, la de la ganza sobre el agua, la de los cuerpos multiplicados.

c - Y el espejo de arcilla donde abrazas a tus cachorros cotidianamente; de allí me gustan especialmente dos poemas pulidos, uno, por el oleaje de las olas, otro, por el oleaje de las nubes. Son "Preñez" y "Azules". El primero está cantando así:

"El pez deviene
mariposa
despacio
remonta la marea,
el misterio, los sentidos,
oculto en la tibieza
del capullo del mar.

No me cabe el asombro
de esta larva amorosa
del hijo que me crece".

Y qué más puedo decir, acaso que bajo tu libro uno se guarece y escucha, cuando menos se lo espera, los muros de la casa heridos, la caída.

Entiendo, ahora, lo que escribió Ninfa Santos:

"La que pare con amor
con dolor da luz al canto".



Munguía vs Bukowski: lucha de soledades y silencios

Margarita Monroy Herrera

La plaqueta *En soledades y silencios* de Dionicio Munguía, editada en las cercanas tierras queretanas, bajo el sello de Ediciones Papuras, esta integrada por dos poemas: "Una sombra que fuera asible" y "La justificación a mi morbo".

La poesía nunca se explica, la poesía ahí está, la poesía es por sí misma, no pretendo explicar los poemas de Dionicio Munguía, sólo afirmar que la primera lectura que hice de *En soledades y silencios* me llevó a recordar la poesía de los *beat*, sobre todo a Charles Bukowski, con el poema "A la puta que se llevó mis poemas", ya que, en el poema "La justificación a mi morbo", Dionicio Munguía muestra la influencia poética de Bukowski. Como sabemos, los temas recurrentes de este autor son lo urbano, la soledad en la multitud, la ironía, la envidia, angustia y sus personajes son borrachos, obreros, locos, prostitutas, etc. que poco tenían que ver con el sueño americano de las décadas de los cincuenta o sesenta.

Si con su poesía Bukowski denuncia la realidad, Munguía con un lenguaje sencillo y directo, muestra parte de esa realidad que se vive en cualquier ciudad, por pequeña o grande o bella que sea.

Munguía le canta a la puta, con el morbo, justificado o no, que la mayor parte de los seres humanos llevamos dentro. le canta a esa puta que dejó huella, marca, dolor, resentimiento, recuerdos, esto se observa cuando el poeta dice:

"Sigues aquí puta
Las líneas crecen y aun no te marchas
En cada mujer te veo"

La historia cuenta que la profesión más antigua del mundo fue la prostitución, entonces por qué ponemos puritanos y moralistas, espantarnos y sentirnos ofendidos, no, la prostitución y las putas son una realidad tangible, ahí están, con sus defectos y sus virtudes, y el poeta les canta, las hace vivir en la poesía, y la poesía es un arte, que no transfigura la realidad, le da valor y la magnifica sin deformarla.

El poeta continúa:

"Las callejeras tienen tu rostro
¡Ah!, este dolor y esta duda,
este batallar de los recuerdos,
el odio brotando como el deseo.
Sigues aquí, puta, sigues"

Deseo de quién, del otro, del hombre dolido, aturdido por los recuerdos, no importa que lo que le causa dolor sea una puta; simplemente es mujer, mujer que siente, que ama, odia y desprecia, pero que probablemente desea ser amada.

Sin metáforas complicadas, con un lenguaje directo, fuerte, real, cuyos temas persistentes son el dolor, la duda, el deseo, olvido, soledad o tal vez impotencia, ante esto el poeta también pregunta,

"¿Qué tendré que arrancarme?
¿Qué cosas tendrán que pudrirse para olvidarte?"

¿La distancia o el tiempo?

¿Esta vida?"

La pregunta sería ¿qué olvidar, el deseo, la soledad, la compañía o bien la muerte?

En el poema "A la puta que se llevó mis poemas", Bukowski dice que hay que eliminar los remordimientos personales en un poema. En "Justificación a mi morbo" no hay remordimientos; hay pena, dolor, ausencia y una terrible justificación al morbo, pero como Bukowski dice:

"¿Tratas de joderme como a los demás?

¿Por qué no te llevaste mejor mi dinero?

La próxima vez llévate mi brazo izquierdo o un billete de cincuenta

pero mis poemas no.

No soy Shakespeare

pero puede que algún día ya no escriba más,
Siempre habrá dinero y putas y borrachos".

Efectivamente, Dionicio Munguía no es un Shakespeare, todavía, pero si un poeta en formación, un poeta que está creciendo (no madurando, porque lo que madura se pudre), con gusto por la poesía, disciplina, madera.

El poema "La justificación a mi morbo" contiene un tema fuerte, real, de qué espantarse; el poema hay que vivirlo, sentirlo, enfrentarlo. Aquí veo poesía y poeta. Me recuerda una entrevista que le hicieron a Charles Juliet, poeta francés, donde dice que "el Campo de la vida interior es esa especie de magma en nosotros, yo lo veo así: hay una infinidad de elementos que lo conforman, estamos hechos de sueños, de deseos, miedos -los miedos son muy importantes-, de aspiraciones, y todo eso es nuestra vida interior, nuestra riqueza; alguien desprovisto de vida interior es unidimensional, no existe sino casi como organismo animal, la parte humana en él es muy pobre, entre más rica y compleja sea la vida interior de un individuo, más interesante es él y más interesante, también es su vida en general" (*Ananké*, Universidad Iberoamericana, p. 5 y 6).

Munguía, en esta plaqueta, muestra parte de su mundo interior, mundo que te mueve, te hace vivir y plasmar con pluma, hoja, máquina o computadora lo que sientes, lo que te ahoga, lo que te hace sentir alegría.

El segundo poema que compone esta publicación es "Una sombra que fuera asible", texto impregnado de silencios y soledades, que todo escritor serio necesita para trabajar, ya que la escritura es muy exigente.

Así, Dionicio Munguía es exigente con su poesía, pero también exigente con sus lectores, cosas que ya estaban presentes en su libro de cuentos *Contar los días*, y en su anterior libro de poesía *Imagen en la lluvia*.

Los silencios y soledades que todos buscamos, anhelamos, queremos. Mundo interior que todos tenemos, que Dionicio Munguía comparte con nosotros.

Aquí estamos, vivimos en la poesía, por ella misma. Aquí hay poeta. Con temas duros, hay que enfrentarlos y vivíroslos, y Munguía comparte con nosotros sus vivencias, cuando dice:

"En cada frase que hago
en ocasiones hay silencios.
Cuando termino un texto
a mi alrededor hay silencio.
¿Había silencio aquella vez?"

Dionicio Munguía J., *En soledades y silencios*, Ediciones Papuras, Querétaro, 1996. 18 pp.



Una confesión

Dionicio Munguía J.

Tengo que decirlo. De lo poco que literariamente hablando conocía de Tere Azuara nada había que pudiera convencerme. Su trabajo era particularmente tallerístico, enmarcado dentro del rigor que suele marcar a quienes no se han dedicado, en cierto sentido, a escribir fuera de un taller, que se atienden a los comentarios del coordinador en turno y se dejan llevar por las indicaciones en cuanto a la corrección y al método, a la disciplina con que se debe (según dicen) escribir para llegar a hacerlo bien. Los pocos textos que conocía de Tere me parecían así: cuadrados, super bien medidos, cuidados al mínimo detalle, procurando que ninguna palabra se saliera de contexto y de que fueran las obligadas para cada caso.

Ahora pienso de distinta forma. Cuando lei por primera vez *Fragmentos*, dudé de la autoría que me presentaba la carátula del manuscrito. ¿Por qué está duda? Muy fácil. Cuando ya se tiene mucho tiempo en este oficio, suele llegarse a prejuicios que siempre están mal, prejuicios que juzgan sin dar tiempo para reflexionar, que se atorran en la cabeza de uno sin que se puedan evitar. Y esos prejuicios muchas veces dañan, hacen que las críticas se hagan sin conciencia, que las palabras broten menospreciando el reciente trabajo sin fijarse que puede haber una respuesta distinta a lo que esperábamos. Y esto, honestamente, fue lo que me sucedió. Tuve que releer varias veces el texto para comprender lo que estaba enjuiciando sin razón. Y tuve también que echarme atrás en mis apreciaciones anteriores. No voy a decir que es un gran trabajo. No voy a decir que ahora me maravillo de la escritora y que puede ser una gran poeta. Diré mejor que ahora empieza verdaderamente su trabajo y que tiene mucho tiempo para escribir cada vez mejor. *Fragmentos* tiene una realidad muy distinta a la que se maneja cotidianamente. Desde cierto punto de vista, refleja el interior de quien lo escribe, argumenta con vísceras todo aquello que antes argumentaba con cerebro. La poesía fluye más libremente, sin tapujos, con una rápida sucesión de imágenes que suelen ir un poco más allá de los sentimientos comunes y se integran a lo que algunos llaman simplemente corazón. Algunas líneas merecen ser releídas, otras tal vez olvidadas con rapidez, pero no se duda que, hasta este instante, viene a ser lo mejor que conozco de esta autora. Ojalá y mis palabras no la molesten, pero tengo que decirle que espero más de ella, algo que pueda ser lo que todos los que nos dedicamos a esto siempre esperamos. Y ella sabe muy bien qué es.

María Teresa Azuara, *Fragmentos*, Ediciones Papuras, Querétaro, 1996. 34 pp.

PELIGROSO CRUCE PELIGROSO CRUCE PELIGROSO CRUCE

Que cien años no es nada...

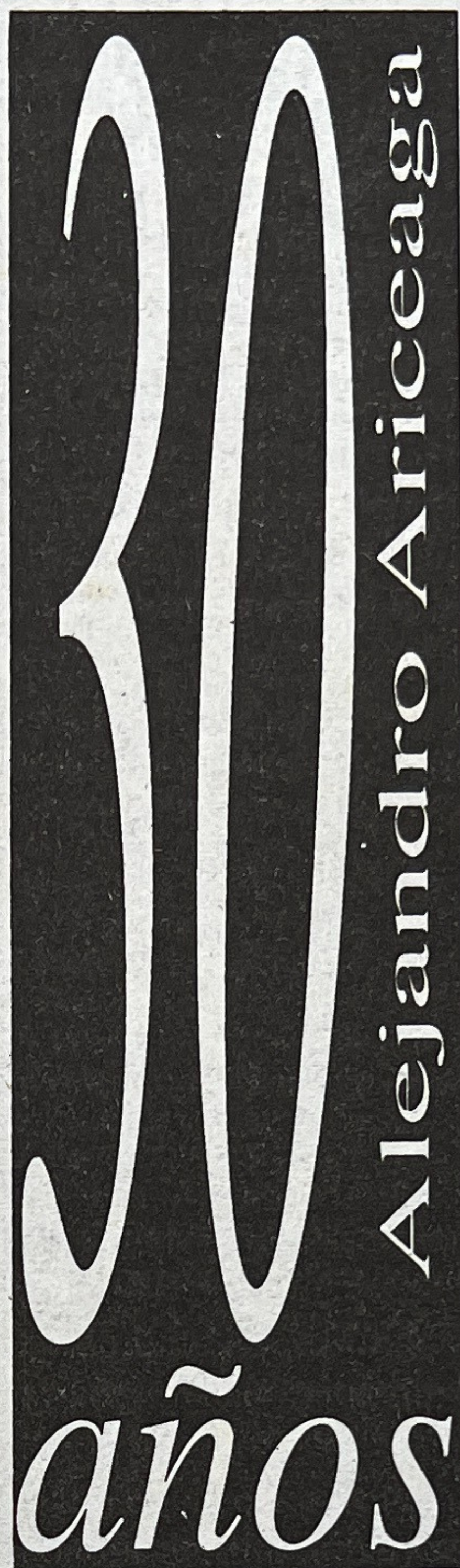
Honor a quien honoris causa...

Mayo de 1997 20:00 horas



AYUNTAMIENTO DE TOLUCA

Alfonso Sánchez Arteché



- 7 A corto plazo
 - Comentarista: Roberto Fernández Iglesias
 - Lectura: Virginia Aguirre
- Placeres
 - Comentarista: Otto-Raúl González
 - Lectura: Marco Antonio Morales
 - Moderador: Eduardo Osorio
- 14 Ciudad tan bella como cualquiera
 - Comentarista: Enrique Villada
 - Lectura: Yolotli Vázquez
- Cuentos alejandrinos
 - Comentarista: Alfonso Sánchez Arteché
 - Lectura: Arturo Arreola
 - Moderador: Benjamín Araujo
- 21 La otra gente
 - Comentarista: Luis Miguel Vargas
 - Lectura: Alejandro Flores Solís
- Viejos recuerdos de la camada maldita
 - Comentarista: Eugenio Núñez Ang
 - Lectura: Adalberto Téllez
 - Moderadora: Rosaluz Velázquez
- 28 Bustrofedón y otros bichos
 - La identidad secreta del camaleón antiguo
 - Comentarista: Francisco Paniagua
 - Lectura: Alejandro Osorio
 - Clima templado
 - Comentarista: José Agustín
 - Lectura: Flor Cecilia Reyes
 - Moderador: Jorge Arzate



Centro Toluqueño de Escritores

Centro Toluqueño de Escritores: Plaza Fray Andrés de Castro Edificio "A", Local 9, Toluca Méx.

pedras preciosas, plumajes de quetzal
Sólo con flores circundo a los nobles"

Como se ve, en esos tiempos el arte de la flor y el canto era un oficio reservado a la minoría gobernante formada por príncipes, vinculados a través de órdenes sacramentales. Sin duda más abiertos fueron, en pleno virreinato, los certámenes poéticos que se realizaban con motivo de la muerte de un soberano español o el nacimiento de un heredero, la bienvenida a un nuevo virrey o cualquier otro motivo, ya fuese cívico o bien religioso. Pero aunque los trabajos ganadores se hicieran públicos no sólo en forma impresa, quienes estaban en condiciones de disfrutarlos eran sobre todo los miembros de una minoría letrada y sensible a estas manifestaciones. Sin embargo, no había un verdadero encuentro físico de poetas, sino una mera exhibición de obras premiadas. Sor Juana, que participó con éxito notable en algunos de estos torneos, no hubiese podido concurrir personalmente a una lectura de sus versos, por los votos que le imponían su irrenunciable condición monjil.

Imaginemos, no obstante, que Juana de Asbaje, o Inés Ramírez, o Juana Vargas (como quiera que gusten o manden las diversas versiones sobre su origen) hubiese nacido en nuestro siglo, que fuese licenciada en letras

hispánicas por la UNAM, con maestría en El Colegio de México y doctorado en Salamanca (es un decir, vaya), que hubiese ganado el premio Elias Nandino de poesía joven y obtenido la beca del FONCA para jóvenes creadores en su especialidad, pues bien: en el remoto caso de que alguien del Estado de México, sabiendo de su valía literaria, la invitase al encuentro de poetas en New-pant-land (antes Napanlla), ¿ella habría asistido, aún a sabiendas de que su tierra natal ya no es el pintoresco villorrio de hace apenas unos años, sino un faraónico centro cultural construido con una inversión de más de 17 millones de ya devaluados pesos, según informaba el diario *Reforma* allá por julio de 1995? ¿Habría aceptado? Claro que habría aceptado, por simple curiosidad, porque proporcionaron transporte, hospedaje con alimentos y porque hubo gratificación para los participantes (creo que les pagan más a los "nacionales" que a los "locales", y no puedo suponer siquiera en qué categoría la habrían considerado).

A mí me invitaron también este año (sin duda formando parte del segundo grupo), y debo confesar que no asistí por las siguientes razones: 1) Me dio flojera ir hasta allá, aunque juzgo admirable el esfuerzo del master Frankie Sreet (Paco Estrada para los cuates) por organizar, con ímpetu digno de un Pedro el Ermitaño, de un Federico Barbarroja o de un Ricardo Corazón de León, esta peregrinación anual de poetas a la Meca (recuérdese la réplica a un malqueriente: "tú eres zancarrón y yo de Meca", es decir Amecameca). 2) Tengo un recuerdo desagradable de la localidad, porque hace tres años fui como invitado del director de la Casa de la Cultura de Tepetlaxpa, a dar una charla y, luego de un penoso viaje de tres horas, cuando llegué el organizador me informó que no habría público, porque "francamente a la gente de Napanlla no le interesan los actos culturales". 3) De lo anterior infero que la posterior obra monumental ("piramidal, funesta, de la tierra nacida sombra") tiene un no sé qué de artificialidad, y si se logra reunir público es porque de algún otro lado lo llevan.

En conclusión, no culpo a los poetas invitados que si estuvieron en este rutilante "concilio de luceros". Como hace cinco siglos, como hace tres, como hace cien años, a los poetas les gusta que los apapachen. No deja de sorprenderme, en cambio, que ciertas nociones de promoción cultural prevalezcan, en aras de la caudatid, desde los tiempos de mi "bohémio" general Villada.

que tiene la mencionada semblanza. Años después el mismo gobernador impuso también como diputados a su hijo Joaquín y a su yerno Antonio. Por cierto que en los primeros años de este siglo ambos militaron en bandos políticos distintos, pues mientras el primero se alineaba entre los partidarios del populista Bernardo Reyes, el otro coqueteaba con el partido "científico" encabezado por José Yves Limantour.

De regreso al tema que nos ocupa, la vieja relación de Villada con los poetas más destacados del romanticismo y el modernismo explica la presencia de eminentes poetas en los programas de las veladas literarias públicas de homenaje a Juárez, con motivo de la celebración del Cinco de Mayo y otras por el estilo, precisamente en aquellos patriarcales tiempos. Luis G. Urbina, por ejemplo, venía con frecuencia acompañado por el entonces joven y prometedor Amado Nervo. Ramón Pérez de Arce, en su sentimental crónica sobre "la novia tluqueña" del poeta nayarita, señala únicamente el hecho de que Urbina tenía familiares en esta ciudad, lo cual no invalida la posibilidad de que ellos y algunos otros bardos de su generación figurasen en los actos oficiales como invitados del antiguo editor o, incluso, del influyente yerno, que en esta forma ejercería sobre sus colegas una especie de mecenazgo.

De las veladas literarias en la casa del general no parece haber quedado testimonio, precisamente por su carácter privado. Pero conociendo sus antecedentes "bohémios" y su gusto por la declamación, cabe suponer que al término de las ceremonias Villada debió haberse reunido con los poetas invitados para propiciar que ellos declamasen sus versos y él mismo demostrara sus habilidades de recitador. No otra cosa acostumbraba, hace unos 23 años, alguien que toda su vida aspiró a este gobierno y que también se preciaba de dar protección a intelectuales y artistas. Me refiero, claro está, a Mario Colin, quien con motivo del sesquicentenario estatal organizaba lecturas en diferentes templos de la ciudad, al término de las cuales convidaba a los participantes y a sus amigos, a un módico brindis en la pequeña mansión que rentaba frente al jardín Reforma. Ahí, si no recuerdo mal, tuvimos ocasión de proseguir, en forma particular, previas lecturas públicas de Aurora Reyes, Raúl Cáceres Carenzo y Oscar Wong, entre otros nombres que se me escapan.

De aquellas veladas colinescas tampoco queda constancia más que en el recuerdo de los asistentes. Tal vez sea ése el triste destino de los encuentros de poetas, excepto su primer antecedente, o sea el coloquio convocado hará cosa de unos cinco siglos en Huexotzínco (en el actual estado de Puebla) por el señor Tecayehuatzin. Las "memorias" de esa asamblea, conservadas hasta hoy gracias al sistema mnemotécnico que permitió fijar la tradición poética del Anáhuac, son hoy conocidas bajo el título de *El diálogo de flor y canto*. El organizador proclama, en forma reiterada, que el propósito de la citada reunión es dar "deleite a los nobles, a los caballeros águilas y tigres". Más adelante, en lo que podemos calificar de *discurso inaugural del evento*, siguiendo la versión de Miguel León Portilla, leemos las siguientes palabras del organizador:

"Sólo con flores circundo a los nobles.
Con mis cantos los reúno
en el lugar de los atabales.
Aquí en Huexotzínco he convocado esta
reunión.

Yo el señor Tecayehuatzin,
he reunido a los príncipes:

Parece que fue ayer, pero hace un siglo el entonces gobernador José Vicente Villada ya presidía encuentros de poetas en Toluca, no porque los organizara sino porque los liróforos conocían el punto débil de su cáscara militar. Aficionado a la declamación cuando nadie ponía en duda que recitar era un arte, la casa del viejo caudillo de la guerra contra la intervención debió estar siempre abierta a las veladas literarias. Afecto a semejantes funciones, este mandatario "bohémio", así calificado por el dramaturgo Alberto G. Bianchi, ordenó en 1891 que fuera establecida la clase de recitación en la Escuela Normal y personalmente no sólo inauguró el curso sino que lo hizo impartiendo la primera lección.

Elizabeth Buchanan, que investigó sobre la influencia positivista en nuestro Instituto Científico y Literario, se preguntaba hace unos veinte años por qué tuvo tanta importancia para Villada una simple clase de recitación. No es difícil averiguar las razones. Era yerno del poeta Joaquín Cardoso, respetado contertulio de Ignacio Ramírez "El Nigromante", de Prieto y de Lacunza en la Academia de Letrán. La propia hija de Villada era esposa del también poeta Antonio de la Peña y Reyes, retoño del académico Rafael Ángel de la Peña (quien, para mayores datos, prologó *Murmurios de la selva*, de nuestro paisano Pagaza). Y al primogénito de don José Vicente, Joaquín Villada Cardoso, aunque no se le conocieron aptitudes líricas, sí le acompañó la fama -decía el doctor Ocaranza- de trasnochador, borracho y amigo. "bohémio" como su padre.

Antes de que su anterior enemigo Porfirio Díaz lo mandara al gobierno de esta insula virtual, Villada había sido editor de importantes periódicos especializados en política, como todos los de ese tiempo, pero también literarios entre otros abarrotados. En la *Revista Universal* desde 1874 tuvo la fortuna de contar entre sus colaboradores nada menos que con los ya mencionados Prieto, Ramírez y Altamirano, junto con Juan de Dios Peza, José Martí, Manuel M. Flores y Gerardo M. Silva. En 1885, al aparecer *El Partido Liberal*, aseguró la colaboración de algunos de los mencionados, pero también de los más importantes poetas modernistas: Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón, Luis G. Urbina y Manuel Puga y Acal.

Ya instalado en Toluca a partir de 1889 y hasta su muerte en 1904, es de suponer que sus amigos poetas lo visitaban con frecuencia. De los primeros años procede la pintoresca semblanza que Gutiérrez Nájera dedicó a Toluca y que figura en tantas antologías sin que se cite fuente y fecha de publicación; se trata de esa alimbarada prosita que en alguno de sus párrafos dice: "Vamos a Toluca aprisa, como se va, cuando mucho se arma, a la casa de la novia. Llegamos, y desde luego nos hechiza el aspecto de la ciudad. No es monumental, no es arcaica, es joven. Tiene la frescura, la sonriente mocedad de una muchacha que sabe ataviarse y vestirse con muselina, con percal, con listones vistosos, con claveles en el pelo. No se la ve rica, se la ve bonita. Ningún convento la ensombrece, ninguna iglesia pesada la magulla: toda ella está flamante y nuevecita".

Antes de preguntarse qué vio Gutiérrez Nájera en Toluca para que tantos elogios le dedicara, conviene indagar a qué venía. La respuesta es simple: Villada lo había hecho diputado federal por el distrito de Texcoco y si venía a la capital del estado era seguramente para recibir instrucciones del ejecutivo, como se ha hecho siempre desde que existe la separación de poderes en este país; a lo mejor también para recibir alguna gratificación. De ahí el tono de "gacetilla" bien escrita



amor es la palabra;
poesía, la acción



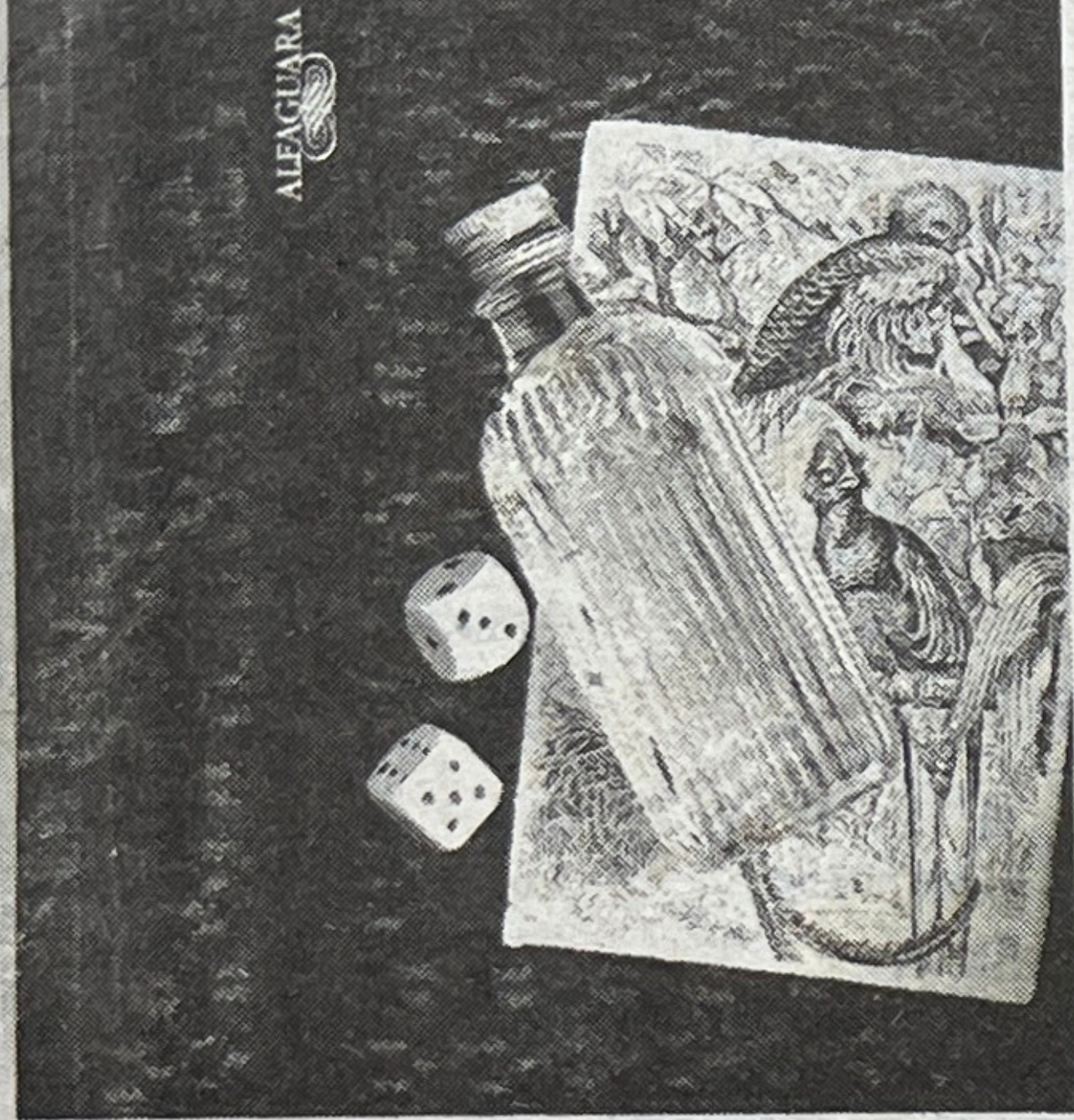
Información y crítica de la tribu
No. 4 Mayo 1997
Publicación de TunAstral, A.C.

Dirección: Roberto Fernández Iglesias. Subdirección: Margarita Moroy Herrera. Producción: Ernesto Jiménez Hernández, Guadalupe Jiménez Peñalosa y José Luis Perdomo Orellana. Administración: Blanca Aurora Moxlagón y María Guadarrama Campos. Distribución: Norberto Herrera-Plata.
Dirección postal: Calle Porfirio Díaz 216, Col. Universidad. Toluca, México. C.P. 50130 Teléfono y Fax: (72) 19-54-36
Los artículos firmados son responsabilidad exclusiva de los autores y pueden o no reflejar la opinión de TunAstral.
Se solicita amistad, canje, correspondencia y toda clase de apoyo y ayuda. Se responde por colaboraciones no solicitadas.
Tiraje: Diez mil ejemplares de distribución gratuita.
Esta publicación se realiza gracias al apoyo del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes dentro del programa Edmundo Valadés de apoyo a las revistas independientes.

Impreso en Editorial Yazí.

PELIGROSO CRUCE PELIGROSO CRUCE PELIGROSO CRUCE

Los muchachos de antes
Marco Antonio Flores



Los muchachos de antes:
Un antídoto contra la amnesia

José Luis Perdomo Orellana

Siempre ha habido ejecutores y ejecutados.
Suyo es el espanto.

Al escritor humanitario corresponde denunciarlo.

Lorraine Roses

MEXICO, Distrito Federal, México.- Bueno, muchá, como supongo que después de haber oído lo que ya oyeron arden en deseos de comprar *Los muchachos de antes*, o ya de perdida que su autor se las regale o se las preste (soñar no cuesta nada), iré al grano para tratar de ser breve... y si no "que la Nación me lo demande", frasecita que ni mandada a hacer para estos tiempos infestados de oenegés a lo ancho y a lo largo de lo que queda de este sistema planetario hamburguesado.

El Marco Antonio Flores de antes

Por si ya lo olvidaron, muchá, aquél nació en Guatemala en el ya remoto año de 1937, no traía ni un pelo en la lengua y aún vive para contarlo. Es conocido en varios países del mundo como poeta, narrador, periodista y director teatral. Es el mejor amigo de sus amigos y el mejor enemigo de sus enemigos. Es un esposo amantísimo, un padre cariñoso y también uno de los autores más queridos y más envidiados de la, así llamada, literatura nacional.

Hizo estudios de bachillerato en ciencias y letras, de maestro de educación, de licenciatura en psicología y de dirección teatral. Ya como profesor, impartió las cátedras de lógica, filosofía, estética, sociología, psicología y metodología de la investigación en las facultades de agronomía, psicología y arquitectura de la USAC.

Fue editor de la revista *Alero*, coeditor de *Repertorio*, y estuvo a cargo de Ediciones Vanguardia. Fue director de las revistas *Códice*, *Línea Dura*, *Encuentro*, y corresponsal de la revista mexicana de literatura *El Corno Emplumado*. Fue columnista de *La Semana*, *Domingo*, *Gente*, *Pueblo*, y jefe de redacción del *Nuevo Diario*. Ha sido fundador y director de compañías de teatro, y ha dirigido por lo menos dos docenas de obras teatrales. Ha coordinado generosos talleres de literatura tanto

en Chapinlandia como en el extranjero. Conoce perfectamente el tufo que tiene la sangre cuando se es abortado al exilio exterior o cuando suena la hora de volver al exilio interno. Ha publicado varios libros memorables, y su poesía ha sido recogida en antologías publicadas en Francia, Inglaterra, España, Argentina, Venezuela, Costa Rica y México. Entre 1961 y 1966, obtuvo cinco premios nacionales de poesía. En 1967, ganó el Premio Centroamericano de Poesía de El Salvador. En 1972 publica *Los compañeros*.

En pocas palabras, Marco Antonio Flores es una verdadera firma... y no es cuento. Lo demás, lo que hace hoy, pregúntenselo ustedes ya que lo tienen al alcance de la mano, y aquél, como a muchos les consta, no es hurraño como Ernesto Sabato, ni *leemeynometentés* como Gabriel García Márquez, ni distante como las plumíferas vedets nacionales que todos los días hacen cola frente a las embajadas para conseguir una beca.

Metiéndonos de cabeza en *Los muchachos de antes*

Por lo demás, muchá, si quieren escuchar un recuento de heroicidades "en materia de culos, balazos, escapes, encalamacadas, exilios y cuanta mierda sirva para el carbúrex y la cagadera de risa"... abran las páginas de *Los muchachos de antes* y lean "Museo de cera".

Si quieren ir a un corte voluntario de caña bajo la voluntad y convencimiento de "un hermoso coño"; o saborear una "campanaclitoris"; o reconfirmar que "la vida no se pide, no se rechaza y se desperdicia siempre"... abran las páginas de *Los muchachos de antes* y mastiquen "Sexus".

Si quieren acompañar a chapines que caminan platicándole al suelo, "como si en el suelo estuviera la suerte"; o saber "qué oscuras predestinaciones, qué meandros tortuosos, qué imprevistas decisiones lo llevan a uno a los momentos críticos de su vida" o "por qué siempre vive uno en la cuerda floja al borde del abismo"... abran ya saben cuáles páginas y lean "Ulises".

Si quieren entender lo que es rendirse o tener "un viaje en tren destartado, en blanco y negro, donde sólo los ríos de sangre tienen color"... abran ya saben cuáles páginas y digieran "Aaaaaiioouu Silver!!".

Si quieren atestiguar que "estamos llenos de máscaras que se derumban en los momentos de crisis" o "componer el mundo

entre cabeceos y balbuceos estropajosos"... abran ya saben qué y lean "El convidado de piedra".

Si quieren navegar en "ríos de soledad y calentura" donde "el pasado, pasado: pero lo jodido es que se queda adentro amolando la paciencia y los recuerdos" y hay "balazos que llevan nuestro nombre"... abran ya saben qué y oigan "A sangre fría".

Si quieren ratificar que hay "tragos que establecen complicidades abyectas" y que "toda la gente es una mierda"; o preguntarle a Dios "por qué tiene a los sapos bajo las piedras"... lean "Que la fuerza te acompañe".

Si quieren caminar sobre el fuego y saber cómo será la muerte... lean "El color que el infierno me escondiera".

Si quieren reflejarse en el espejo para ya no ser los mismos pero seguir siendo los mismos... lean "Orfeu negro".

Si quieren observar a serpientes bretonas en medio de charcos de sangre después de haber dejado "su juventud en multitud de vergas impersonales y desamoradas"... bailen "El último tango en París".

Si quieren participar en insufribles juegos verbales de paisanos o mascullar con ellos que "no sabemos ni mierda, porque no podemos saber ni mierda en estas circunstancias"... palpén "una brizna de paja en el viento".

Si quieren echarse unos cuantos "peloteos absurdos de necios y grifos y borrachos crucificados en sus contradicciones, remordimientos y culpas"... recétense "Elogios de la locura".

Si quieren quitarse la "sed atávica" y paladear que "la vida sabe a miel de caña" pero "no hay barniz para embellecerla artificialmente"... vean "Un largo viaje de la noche hacia el día".

Si quieren deambular por los caminos laberínticos del compromiso... sigan las pistas de "El gato y el ratón".

Si quieren reconstruir las coordenadas de la catástrofe nacional y sospechar que "las organizaciones revolucionarias son una bola de corruptos, oportunistas, ambiciosos de poder y hasta criminales que hacen lo que les ronca el culo"... hojeen "La condición humana".

Si quieren corroborar que "la suerte está echada y acabados los caminos" o arribar a la conclusión de que es "mejor un derrotista vivo que mil baboseados muertos"... recorran "Paisajes después de la batalla".

Pero si lo que desean es enriquecer el



Marco Antonio Flores

Personal Diccionario Portátil, también abran las páginas de *Los muchachos de antes* pues en ellas encontrarán definiciones como éstas:

"Guatemala es una consecuencia desastrosa del subdesarrollo. La nostalgia es una tonelada de cemento sobre el pecho. El que regresa se convierte en una leyenda anticuada. El amor es una duda válida, un engaño consciente, un autoengaño inconsciente, un ramalazo estremeedor e involuntario. La poesía es el reverso de la verdad y de la vida. Al final de una vida, el poder es una mierda por la que no vale la pena morir. El exilio es una antesala inesperada y humillante en sitios inhóspitos, es no existir más que a partir de préstamos en el limbo, es una habitación cualquiera sin puntos cardinales, es un lugar donde todo queda lejos y ensombrecido. La revolución es un toberbellino que destruye hombres, es un negocio personal de tiratros. La mente humana es un turumbo de caca".

Por último, muchá, habría que recordar las recomendaciones de Kurt Wolff, el solidario primer editor de Franz Kafka (aquel entrañable autor checoslovaco que más parecía guatemalteco): "Todo buen libro debe aparecer en el momento oportuno, en la editorial conveniente y rodeado del entusiasmo que merece".

Los muchachos de antes cumple puntualmente con las dos primeras indicaciones de Wolff. Pero el entusiasmo que debe rodear a este nuevo libro de Marco Antonio Flores, depende exclusivamente de cada uno de ustedes. Así que ustedes dirán.

Gabriel García Márquez, por su parte, siempre tan exagerado, recomendaba leer las fábulas de Augusto Monterroso teniendo "las manos en alto".

No, muchá, para leer la obra que hoy nos ha reunido no es necesario adoptar semejante posición. Al contrario, hay que tener libres las manos para prender un cigarro, destapar una cerveza helada o echarle más guaro al vaso, y sólo así, debidamente pertrechados, proclamar:

Salud, Marco Antonio.
Salud, por *Los muchachos de antes* y por los veinte años de *Los compañeros*.
Salud, por tus libros de ayer, por el de hoy y por los de pasado mañana.
Salúpuesmuchá.

Hace unas semanas la editorial Alfaguara publicó *Los muchachos de antes*, la nueva novela de Marco Antonio Flores que fue presentada recientemente en Guatemala y El Salvador. Éstas fueron algunas de las muchas palabras que ahí se dijeron, y que hoy *cAmbiAviA* presenta en exclusiva.

Marco Antonio Flores, *Los muchachos de antes*, Alfaguara, México, 1996. 249 pp.



Marco Antonio Flores